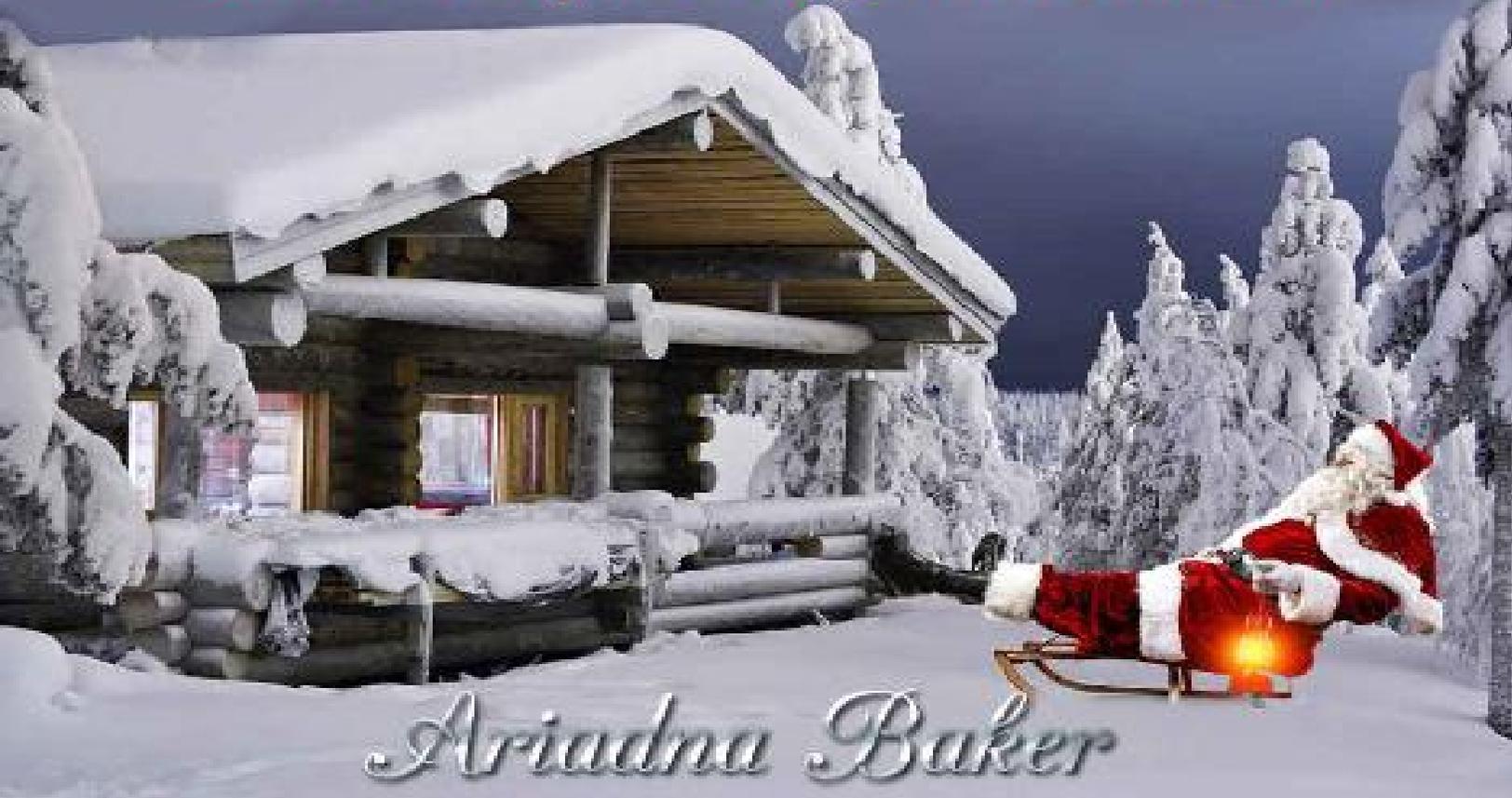




LAPONIA

UN VIAJE A ROVANIEMI



Ariadna Baker

LAPONIA

UN VIAJE A ROVANIEMI

Laponia. Un viaje a Rovaniemi.

Ariadna Baker.

Todos los derechos reservados.

1ªEdición: Diciembre, 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Epílogo

Prólogo



Mi vida había sido una montaña rusa, un vaivén en todos los sentidos. Hasta que llegó a Nicole, exigiendo lo mejor de mí misma.

Mi hija tenía ya cinco años, era fruto de una relación con el hombre más egoísta que había conocido nunca.

Un poco hombre que, al enterarse de que estaba embarazada, me dejó tirada, sola. Se eximió de sus responsabilidades y nunca volví a saber de él.

Cosa que, ciertamente, hasta agradecía.

Luché con todas mis fuerzas por sacarla adelante, sin importar las horas de sueño perdidas, el cansancio acumulado. A mi hija no iba a faltarle de nada si estaba en mis manos.

Contaba, por fortuna, con el apoyo de mis padres, quienes me ayudaron desde el principio. Nicole y yo, vivimos con ellos hasta que mi pequeña tenía dos años. Para ese entonces, conseguí una plaza fija en el ayuntamiento de mi ciudad, Santander.

Con un salario cómodo, compré un pequeño apartamento de dos habitaciones para que pudiéramos estar las dos solas.

Mis padres me regalaron la entrada que había que dar y eso nos ayudó a tenerlo. Siempre les estaría agradecida, porque gracias a eso, podía respirar tranquila.

Tenía mi piso, mi sueldo que no estaba nada mal y mi hija, que era todo mi mundo.

Hacía mucho tiempo que le había prometido a Nicole, llevarla a Laponia y era el momento perfecto para ello. Iríamos, exactamente, a Rovaniemi, al parque de atracciones de Papá Noel.

Estaba segura de que allí, las dos, viviríamos unas Navidades mágicas...

Capítulo 1



—Mamá, mira para abajo —dijo emocionada cuando el avión despegó y ya estaba en el aire. Ella había exigido de manera tajante ir en ventanilla y yo, como no, no podía negárselo.

—¿A qué es bonito? —pregunté viendo el brillo de sus ojos.

—Sí y se ve todo chiquitito —decía sonriendo, emocionada.

—Muy pequeñito —sonreí de verla tan feliz en su primer vuelo.

—Así nos ven los pájaros —reía.

—Bueno, ellos vuelan más bajo.

—Pero tienen los ojos más pequeñitos —hizo el gesto con los dedos.

—Eso es verdad —le señalé con el dedo con el que luego le hice cosquillas.

—Yo quiero ser un pájaro, pero solo durante un día.

—Bueno, mejor por una hora, que un día es mucho y no podrás dormir en tu cama.

—Pero ellos tienen camas que se llaman nidos.

—Bueno, algunos sí —moví la cabeza haciendo la broma.

Era mi primer viaje con ella y tenía un subidón tremendo, estaba de lo más nerviosa con ese vuelo que nos llevaría a vivir unos momentos inolvidables en nuestras vidas.

Cuando aterrizamos, pudimos sentir el frío polar en nuestra cara y la niña se quedó mirándome sonriente por la sensación, la tapé corriendo dejándoles solamente, los ojitos descubiertos.

Nos llevaron directamente a nuestras cabañas en las Villas de Santa Claus, en Rovaniemi.

Durante el camino Nicole, estaba alucinando con todo, lo veía tan diferente a lo que estaba acostumbrada que todo aquello le impresionaba.

—Mamá aquí hablan raro —dijo mientras el taxista hablaba por el móvil con el manos libre.

—Es otro idioma —reí y le hice una caricia en la espalda.

—Pues deberían de hablar el nuestro —me miró como indignada.

—Hija, somos nosotros los que estamos en su país —reí.

—Da igual, porque no los entiendo —decía sofocada provocando una risa continua en mí.

A ella le daba igual ser la intrusa, pero tenían que hablar nuestro idioma, ¡bendita inocencia!

Hacia un frío espectacular, pero yo llevaba a la pequeña bien preparada, con abrigos polares, su gorro, orejeras, guantes, por pocos sitios le iba a entrar el frío, pero se hacía latente.

Nos recibieron como en un cuento de Navidad, aquello era precioso, nos llevaron en trineo a nuestra amplia cabaña, donde el calor de aquella chimenea, ya se hacía notar.

—Yo quiero vivir en una cabaña así —dijo mirando a todas partes y correteando por las dos habitaciones, el salón, el baño y la cocina.

—Ya compramos una en Santander y nos vamos a vivir al monte —reí.

—Mamá, podemos tenerla para ir unos días —eso de vivir permanentemente a las afueras, no le hacía ni pizca de gracia.

—Ya no quieres cabaña, te lo pensaste mejor —reí—. Yo sé por qué no quieres.

—Es que me iría a la cabaña y no podría ver a mis amigas —dijo refiriéndose a las que vivían en nuestro mismo edificio y a lo que yo, estaba pensando.

—Pues entonces nos quedamos en el piso —encogí los hombros.

—Bueno, con unos días aquí ya está bien —quería asegurar lo de las amigas y ya estaba poniendo condiciones como diciendo que, no fuera a ser que yo la comprara y nos fuéramos del piso.

—Entonces creo que compraré una —le busqué la lengua.

—Pues yo no me voy del piso —dijo con enfado—. Estoy "in love" con nuestra casa —imitó a la del anuncio de televisión, causándome una carcajada.

—Tú en el piso y yo en la cabaña —fruncí el labio.

—No, porque me tienes que cuidar —se cruzó de brazos y me la comí a besos.

Había anochecido, antes había entrado en una tienda de allí y había comprado comida para tener en la cabaña y no salir, también para los desayunos y cenas.

—Mamá, ¿dónde está Santa Claus?

—Ordenando regalos —reí, produciéndole una carcajada—Mañana vamos a su casa a darle la carta, ¿vale?

—¿Y le daré un besito?

—Claro, le puedes dar incluso un abrazo muy muy grande — dije cogiéndola en brazos y comiéndomela a besos.

—Pero le tienes que decir que he sido buena — me volvió a recalcar por enésima vez.

—Nicole, él sabe que eres la niña más buena del mundo —la abracé.

—Ya terminé la carta, la tengo ahí sobre la mesa —sonrió emocionada.

—¿Y qué pediste?

—La muñeca que te dije de la tienda de debajo de la abuela y un novio para ti —sonrió tocándome el pelo.

—Pero... ¿Para qué quiero un novio si ya tengo una princesa?

—Para que te cuide —dijo riendo—, además, todas las mujeres del mundo tienen novio.

—Ah no, de eso nada, además, no me digas que yo soy la especie rara en extinción, que no me lo creo.

—Tienes que hacerte de un novio, mamá —volteó los ojos.

—Pero... ¡Bueno!

—Y tener una hermanita para mí —se encogió de hombros riendo.

—Ay Dios, el viaje te puso más sensible de lo normal —reí y me la comí a besos.

<<Pues como me cuidara como lo hizo su padre, prefería quedarme soltera toda la vida>>, pensé evitando reír para que no me preguntara, por qué lo hacía.

Miré por la ventana de la cocina, todas las cabañas estaban iluminadas, una música navideña en el exterior se escuchaba en aquel lugar y se veían algunos trineos llevando y trayendo gente.

Estaba calentando un caldo de bote, que había comprado, además de cocer unos huevos para acompañar la sopa.

Mi niña estaba en aquel sofá de madera forrado por cojines que lo hacía de lo más cómodo. Bicheaba un cuento de Navidad, que yo le había comprado para leerle en el viaje, las imágenes le llamaban mucho la atención y no paraba de decir que era como ese lugar en el que ahora nos

encontrábamos.

Nicole se levantó y se fue a mirar por la ventana el árbol de Navidad que se veía a lo lejos, a un lado de la casa de Santa Claus, sonreía feliz mirando hacia él.

—Mamá Claus, seguro que vive con él —dijo convencida.

—Cómo que, ¿mamá Claus? —reí volteando los ojos y acercándome a ella.

—¿No tiene mujer?

—Bueno, dicen que sí, pero nadie la vio —dije saliendo del paso pues no tenía ni idea de la historia de tal personaje, solo que me hacía mucha ilusión de chica, como a mi hija ahora.

—¿Y si la buscamos mañana?

—¿Y qué hacemos, la ponemos a recoger cartas? —reí dándole la mano y llevándola a la mesa

—Haciendo una sopa como esta —señaló el plato que le puse sobre la mesa.

—Seguro que Claus tiene una cocinera —sonreí.

—¿Con gafas?

—Cómete la sopa y ahora te leo el cuento —reí desesperada por el aperreo que tenía la peque, con eso de la mujer de Santa Claus y quién lo cuidaba.

—Quizás en el cuento, Santa Claus tiene mujer.

—Nicole —negué riendo—, seguro que sí.

—¡Mamá! Es que no entiendes que hay que estar en pareja —resopló riendo.

—Hija, lo primero es estar es feliz con uno mismo, hay personas que son más felices viviendo solas.

—Pues yo quiero que tú, tengas un novio —se cruzó de brazos.

—Y yo quiero que te comas esa sopa y te acuestes a dormir, creo que el frío polar te hizo demasiado daño —reímos.

Me la iba a dar mortal con buscarle mujer y novios a todo Dios. Así era mi niña, no veía más allá de querer ver a todos arropados.

Cenamos y le puse el pijama de pelitos que tanto le gustaba, con un árbol de Navidad delante, se lo había comprado mi madre para el viaje.

Comencé a contarle el cuento y ni dos minutos tardó, cuando ya dormía acurrucada y feliz por encontrarse en aquel lugar.

Aproveché para ponerme en la ventana de la cocina a fumar un cigarrillo, fumaba poquísimo, pero intentaba que no fuera al lado de la niña, así que, ese era mi momento, el primero del día, pero lo disfruté con cada calada, en aquella paz que se respiraba allí.

Tenía la sensación que esto era el premio al esfuerzo de haber luchado por haber sacado a delante a Nicole, no es que me tuvieran que dar un premio, pero en cierto modo lo sentía así, pues era el mayor regalo que podía recibir esas Navidades, poder pasar en un lugar mágico como este, las fiestas con ella, las dos solas, disfrutando la una de la otra.

Me puse el pijama y me lavé los dientes, acto seguido me tumbé en la cama junto a Nicole, la abracé fuerte y me quedé dormida pegada a mi pequeña.

Capítulo 2



—Mamá, mi vaso de leche con galletas —exigió agarrando mi cara con sus manos.

—¡Me has despertado! —La tiré a un lado y le hice cosquillas.

—Estabas despierta con los ojos cerrados —reía.

—Tienes razón —me la comí a besos.

Pero no la tenía, siempre me despertaba ella, aunque me daba igual, no había despertar más bonito en el mundo que hacerlo junto a mi vida, esa por la que respiraba y sacaba la mayor de mis sonrisas, mi niña mimada.

Fuimos a la cocina y comencé a preparar el desayuno, estaba hambrienta y se ponía de los nervios, así que, le preparé su taza de leche y le di las galletas.

—Mamá... ¿Papá Noel, nos está esperando? —preguntó, mientras mojaba la galleta en la leche.

—Sí, con una pancarta y todo, creo que debe estar mordiéndose las uñas de la impaciencia —solté con ironía, causándole una carcajada. Ella sabía por mi tono, cuando bromeaba.

—Eso es que no —dijo volteando los ojos y moviendo para arriba sus muñecas.

—Nicole, prométeme que vas a estar un minuto callada —reí.

—Sabes que no puedo —contestó segura, provocándome una risa. Se me caía la baba continuamente, a pesar de que necesitaba esos primeros minutos de la mañana de relax, para conectar con el nuevo día.

—Te voy a enseñar a hacer yoga por las mañanas —bromeé riendo.

—Eso es para mayores, yo soy una niña —negó con rapidez, riendo.

—Pues te pondré un esparadrapo en la boca —le saqué la lengua.

—Y tú otro —dijo de forma chulesca.

Terminamos de desayunar y nos pusimos los monos acolchados que había comprado, más las botas blancas de pelitos tan monas, íbamos iguales, hasta nuestro pelo rubio llevábamos suelto.

—Estamos preciosas —dijo feliz, mirando al espejo.

—Somos las más guapas del lugar —le hice un guiño y le di una palmada en el culo.

—Solo te falta un novio —abrió la puerta.

—Yo a ti, te la doy hoy —dije resoplando por la insistencia de la niña con eso del novio.

Preparé cosas en la mochila para llevar mientras Nicole, estaba en el porche de fuera, la miré por la ventana al escucharla hablar, me di cuenta que en la puerta de la otra cabaña había otra niña.

—Mamá, es mi nueva amiga y vecina, Chloe —dijo sonriente al verme salir.

—Hola, guapa —dije mirando a esa preciosidad.

—Buenos días —dijo la voz de un chico, levanté la cabeza y me di cuenta que era el padre—. Soy Scott.

¡La virgen! ¿De dónde había salido semejante bombón?

—Buenos días, Scott, encantada. Soy Evelin —dije tendiéndole la mano.

—¿Vais a ir a ver a Papá Noel? —preguntó Chloe.

—¡Sí! —gritó emocionada Nicole y nos miramos Scott y yo, encogiéndonos de hombros, sonrientes.

Las niñas comenzaron a caminar dando saltitos, en dirección a la casa y nosotros íbamos detrás sonriente.

—¿Lleváis mucho aquí?

—No —respondí sonriente—. Llegamos, anoche.

—Igual que nosotros —no perdía esa preciosa sonrisa.

Las niñas ya se habían agarrado de la mano como si se conocieran de toda la vida, ¡bendita inocencia!

—¿De qué zona de España sois?

—Badajoz ¿Y ustedes?

—Santander.

—Precioso lugar —me moría con ese tono de voz pausado, sonriente —¿Habéis venido solas?

—Sí, pero mi niña hace por cuatro, así que estoy desbordada —reí.

—No será para tanto...

—Ustedes también venís solos, ¿verdad?

—Sí, como siempre, desde que nació. Su mamá falleció en el parto —dijo con tristeza, pero sin perder la sonrisa.

—Lo siento... —Me entristeció mucho esa revelación.

—Tranquila... ¿Y su papá?

—Me dejó en cuanto se enteró que estaba embarazada. Es más, desapareció del mapa, de todas formas, era de Málaga, no sería normal que me lo encontrara, ¡a Dios gracias!

—No entiendo cómo puede haber personas así...

—Ni yo, pero bueno... él se lo pierde —me encogí de hombros —¡Las niñas! —grité llevándome las manos a la cabeza, al verlas rodar por un montículo de nieve del cual ni nos habíamos dado cuenta que se habían subido.

—En el suelo —me miró riendo, mientras iba hacia ellas.

—Nicole, os podríais haber lastimado —dije en tono bajo, pero a modo regañina.

—Tampoco es para tanto —dijo Scott, riendo.

—Mamá es un tobogán —reían ambas.

—De hielo —contestó Chloe.

La verdad que la altura era de unos tres metros, pero no tenían que haber subido, si caían en seco, se dañaban seguro.

—A mí me da algo... —dije con la mano en el pecho.

—Yo a Chloe la he tenido que bajar de árboles —volteó los ojos.

—A mí me da, seguro —repetí nerviosa.

—Vamos que Papa Noel, nos espera —cogió a cada niña de una mano y me hizo un guiño.

—Con Papa Noel, voy a dejar a la mía —resoplé negando, mientras los seguía.

—No lo podrías hacer —dijo girando el cuello y riendo.

—No ponedme a prueba —resoplé siguiéndolos.

Entramos a la casa y nos llevaron a la cocina para esperar a que nos tocara entrar a donde estaba.

La casa era una preciosidad, de lo más bonita, toda adornada con motivos navideños, la cocina con su cocinera, algo que Nicole, me lo repitió diez veces, emocionada de ver que Papa Noel, la tenía.

—Papa Noel es el hombre más bueno del mundo —dijo Chloe y el padre la miró de forma intimidatoria, a modo de broma.

—Papa, no empecemos, tú eres el mejor papá del mundo, después de él —se encogió de hombros.

—¡Uy lo que me ha dicho! —Vólteo los ojos.

—Papá, él es mágico —reían las niñas.

—Mágico soy yo, por aguantarte —soltó una risa.

Scott les explicaba la historia de Santa Claus, con paciencia ante las decenas de preguntas que le hacían las niñas. Desde luego, era para suspirar con ese hombre: guapo, educado, simpático, paciente, lo tenía todo, ahora solo me faltaba que me dijera cuál era su profesión.

Por fin llegó nuestro turno, las niñas de abalanzaron hacia Santa Claus, de una manera brutal, yo pensaba que le arrancaban el gorro.

Le entregaron la carta, le hicimos fotos y charlaron un poco con él, salieron de allí, de lo más emocionadas

Un trineo nos llevó al parque de las villas, donde las niñas disfrutaban como locas, se iban subiendo en todo y haciéndose fotos con todos los personajes que veían, la verdad es que todo aquello era precioso, parecía que estabas dentro de un cuento de Navidad, que eran las fechas en las que estábamos.

No era el verdadero y principal parque, ese estaba a unos cuatro kilómetros, e iríamos en estos días.

Pasamos toda la mañana allí, disfrutando de los momentos que hacían sonreír a nuestras niñas, literalmente estaban disfrutando como enanas.

Luego nos fuimos a comer a un restaurante de comida rápida, las niñas querían un menú, así que allá fuimos. La verdad es que todo fluyó de una manera inesperada, pero estar con ellos era muy agradable. Había descubierto que Scott, era hijo de un inglés, de ahí ese nombre, su madre era española, además, era editor desde hacía quince años, de una de las editoriales más importantes del mundo y eso le daba la libertad de trabajar desde su casa.

—Esta noche es Nochebuena —dijo Chloe.

—Y mañana Navidad —respondió Nicole.

—¿Habéis pensado en hacer algo? —me preguntó Scott —Antes de que se pongan a cantar el villancico entero —reímos.

—Pensaba ir ahora a comprar algunas cosas al super. Si os apetece, podéis cenar con nosotros —dije rezando porque aceptara, serían muy buena compañía.

—Claro, con la condición de que mañana a mediodía, vengáis a nuestra cabaña a comer con nosotros por Navidad —me hizo un guiño.

—Claro —sonreí.

—Vamos al super y compramos todo para hoy y mañana.

—¡Siii! —gritaron las niñas de forma sincronizada.

—Pues ya han decidido —sonreí encogiéndome los hombros.

Scott era de esas personas entregadas y dispuestas, tenía una actitud muy positiva, ante todo,

nunca perdía la sonrisa y era un gran padrazo.

Terminamos de comer y un trineo nos llevó al super, era grandísimo, estaba entre el parque y las cabañas.

Cogimos de todo, exagerados a más no poder, ellos también se quedaban hasta el día dos de enero, habían cogido la misma oferta.

—Nos hemos pasado tres pueblos —dijo Chloe, mirando el carro.

—¡Ni que nos fuéramos a quedar a vivir aquí! —respondió Nicole, de forma exagerada.

—Bueno, seguro que os gustará tener la nevera llena para coger lo que queráis —dijo Scott.

—Sí y que no les falte de nada que, si no, se quejan —lo defendí.

—Pero, os habéis pasado y mucho —reiteró Chloe.

—Si quieres, dejamos todas las tonterías que habéis cogido las dos —dije carraspeando.

—¡Noo!, por favor —decían haciendo las payasas.

—Pues entonces no os quejéis y ayudad a ponerlo todo en caja —dijo Scott, ordenando ante mi sonrisa.

El carro iba hasta la bola, lo peor de todo, es que le monté un numerito en la caja y ni por esas me dejó pagar.

—No hay derecho a que lo pagues todo, tú solo...

—He invitado —me hizo un guiño, mientras poníamos las cosas en el trineo.

—Pero no es así...

—Bueno, eso lo discutimos en otro momento.

—Sí claro, lo que me faltaba, que me pagaras encima la comida. No hay nada que discutir, te voy a dar mi parte.

—Bueno, ya pagarás otras cosas.

—No te creo, además, no estoy de acuerdo.

Me cogió en brazos bromeando y me sentó en el trineo ante la risa de las niñas que se quedaron inmóviles para que él, las cogiera también y las subiera de igual manera.

—¡Marchando una de niñas! —Subió a Nicole y luego a Chloe, que estaban muertas de risas.

Nos llevaron a las cabañas y entramos primero en la nuestra, dejamos allí gran parte de las cosas y las otras, las llevaron a la suya, se pusieron los pijamas y volvieron.

Nosotras hicimos lo mismo, pijamas calentitos. Las niñas se pusieron a ver la tele, mientras nosotros, estábamos en la cocina preparando la cena de Nochebuena.

Allí anochece demasiado temprano y el frío era insoportable, había que resguardarse en las cabañas, pues estaban de lo más aclimatadas.

Scott abrió una botella de vino que habíamos comprado, sirvió dos copas y brindamos por todos.

—Gracias por habernos dejado participar de vuestro día y de esta noche tan familiar.

—Scott, por favor, gracias a ustedes, además, mira cómo están de felices, como niñas que son se necesitan y nosotros también disfrutamos de un poco de tranquilidad, que por mucho que las amemos, también se necesitan momentos así —sonreí.

—Claro, por supuesto —agarró mi mano y le dio un apretón, pero sin ninguna pretensión, solo de forma afectiva.

Mientras tomábamos el vino, nos pusimos a preparar una ensalada de marisco y un pescado al horno con verduras.

—No veas la que tienen montada en este lugar...

—Impresionante —dije de forma contundente—. Tienen el entorno, lo tienen todo, la verdad

es que esto es una atracción turística muy fuerte.

—La que me dio Chloe todo el año para venir —volteó los ojos.

—En mi caso fui yo, quien soñaba con vivirla aquí con ella, así que, este año decidí que era el momento, aparte de que ya estaba más desahogada económicamente.

—Lo que pensé ayer que son muchos días los que cogí para estar en un sitio así, tan frío, no sé... —sonreí.

—Ya, eso también lo pensé yo, pero bueno, imagino que hay que ver cada día con magia.

—Magia para no morir congelados...

—Que no, que en la cabaña se está muy bien y es muy bonito vivir unas fiestas diferentes.

—Bueno, eso lo veo ahora que me pienso hacer okupa de vuestras vacaciones —me señaló con el dedo, mientras sonreía.

—Pues bienvenidos, okupas —le saqué la lengua y le hice un guiño.

—¡Papa, Nicole quiere un zumo! —gritó su pequeña.

—Nicole tiene mucho morro, como sabe que no se lo voy a dar hasta que esté cenando, pues mete por medio a tu niña —reí.

—Y, ¿por qué hasta cenar? —preguntó asombrado.

—Se le hincha el estómago y luego no come —carraspeé.

—Exagerada... —Negó con la cabeza cogiendo dos zumos y llevándoselos a la mesa del salón.

—Nada, aquí no me respeta nadie —bromeé riendo.

—Por supuesto que sí —volvió y cogió su copa—, pero deben tomar algo, no vamos a ser solos nosotros los que disfrutemos.

—También tienes razón y si no, te la doy de igual manera, para discutir estoy yo —resoplé riendo.

—Madre mía, que sencillo me lo pones —negó con la cabeza riendo.

—Estoy en conexión con este lugar y época del año.

—Ya te veo, me da a mí que, en otra, hubieras rebatido.

—Totalmente —reí.

—Pero seguro que, en el fondo, eres muy de mirar a Nicole —carraspeo.

—Bueno, un poquito —dije bromeando y haciendo el gesto con los dedos.

—Se ve que te desvives por ella.

—Pues anda que tú por tú hija...

—Pues sí, en el fondo, son el motor de nuestras vidas.

—Totalmente —dije riendo, mientras daba un trago.

—Imagina que ahora que sabemos qué es este tipo de amor, un día te despiertas sin sus abrazos ¿No sería triste?

—Muy triste, la verdad es que sí, me ha merecido la pena todo lo que pasé, como me sentí y lo que tuve que luchar, pues descubrí que ella, sí que era el amor de mi vida.

—A eso me refiero...

—Aunque a veces me den ganas tirarme por la ventana, cuando se pone con sus interrogatorios por cualquier cuestión y yo intento leer un simple capítulo de un libro —volteé los ojos.

—Pero si nadie te interrumpiera, quizás te sentirías muy sola...

—Seguro, el caso es que son todo en nuestras vidas —fruncí la cara.

—Efectivamente —chocó su copa con la mía y dimos un trago.

Pasamos la tarde charlando, preparándolo todo de lo más bonito, las niñas estaban jugando a

las muñecas y montándose unas historias impresionantes, nos reímos mucho.

—Mamá, Chloe dice que nos va a invitar un día a su casa a pasar unas vacaciones con ellos.

—¡Mira!, mi hija tuvo una gran idea —dijo mientras preparaba la mesa.

—Bueno, ustedes también podéis venir a la nuestra —carraspeé.

—Pues no te creas que no lo había pensado —me hizo un guiño.

Me encantaba este hombre, simplemente me encantaba...

Hacía años que no me sentía así con un hombre, desde que tuve a Nicole y me dejó su padre, jamás tuve una relación, así que aquello me hacía sacar una sonrisa de oreja a oreja.

Scott tenía algo que me atraía hacia él, como un imán. Era hablar y dejarme con la baba caída, me imaginaba que se acercaba y me besaba, fantaseaba con muchas escenas que hacían erizar todo mi cuerpo.

En más de una ocasión, me sonrojé con esos pensamientos, disimulé para que no me los notara, pero la verdad es que me sentía en una nube, en un cuento, como aquel lugar. Solo faltaba que el príncipe me besara...

Nos sentamos a la mesa y las niñas llevaron en todo momento la conversación, estaban haciendo planes para todos los días, en aquel lugar, hasta los pijamas que se pondrían al día siguiente, al menos la mía, solo traía dos, así que no tenía mucho donde escoger, pero eran felices, hasta se iban a pintar los labios...

—Mamá, se puede quedar Chloe una noche a dormir aquí y dormimos en la habitación que hay vacía —se refería a la que no ocupaba nadie, una individual con dos camas, ella siempre dormía conmigo en la de matrimonio.

—Claro, los días que quiera —sonreí y se pusieron a aplaudir emocionadas.

—Y ella a la mía, otro día —respondió Chloe, mirándome.

—Claro.

—Si lo llego a saber, reservamos solo una cabaña a medias —dijo riendo Scott.

—Desde luego, nos habríamos ahorrado un dinero.

—Totalmente —seguía riendo suavemente.

—Entonces, hoy nos toca dormir aquí —dijo Nicole.

—Sí —contestó rápidamente Chloe, mientras Scott y yo nos mirábamos riendo por lo rápido que se habían tomado la palabra.

—Escucha, Evelin, que estaba yo pensando... Esta noche donde dormimos, ¿aquí?, ¿allí? —preguntó bromeando, mientras las niñas escuchaban impresionadas.

—Pues si ellas van a dormir aquí, nosotros allí —seguí la broma, encogiendo los hombros.

—¡No! —gritó Nicole —Solitas no podemos estar, dormiremos todos aquí, puede venir el coco y llevarnos.

—La piña, va a venir la piña —reí.

—Al final me veo en Laponia, durmiendo solo —negó riendo.

—Te puedes quedar, sin problema, puedes dormir en una de las camas y ellas en la otra, caben bien —reí.

—Mamá, tu cama es gigante, él puede dormir contigo, los niños con los niños y los mayores, con los mayores —volteó los ojos.

—Desde luego tu madre, que poco me cuida... —bromeó.

—¿Quieres dormir en la cama conmigo? Por mí no hay problema, vamos que tú, para un lado y yo para otro —dije con descaro.

—Sí, porque los dos para el mismo lado, es un problema —sonrió señalando con la vista a las

niñas que se miraban riendo.

—¡Todos a dormir aquí! —exigió Nicole, dando con el puño un golpe en la mesa.

—Te has enterado, ¿no? —preguntó bromeando, Scott.

—Totalmente, nada que añadir —reí.

Terminamos la cena y las niñas se fueron a la cama, estaban locas por hacerlo, charlar ahí, ver la tele que había y sentir que iban a dormir juntas.

Scott y yo, nos pusimos a recoger la mesa y nos sentamos en el sofá a charlar.

—¿No te da la impresión de que nos conociéramos desde hace mucho tiempo? —preguntó sonriente.

—Pues la verdad, es que sí.

Y así era, como si llevara con él, muchos años de amistad e incluso deseo, todo eso me producía, para que iba a negarlo.

—Y las niñas, bueno, esas ya ni te cuento, parece que nacieron juntas, que habilidad tienen los niños para hacer amistades, me quedo impresionado.

—Bueno, montan un circo rápido, se juntan en un parque y empiezan a charlar y a jugar con desconocidos como si los conocieran de toda la vida.

—Tienes razón —reía.

—Y luego los cumpleaños...

—Ay eso es terrible, he llegado a llevar a la niña, a tres o cuatro en un mes —volteó los ojos.

—Ni que lo digas, por favor, es increíble. Antes no era así, ahora todos los fines de semana hay algún cumpleaños de alguien de su clase y encima es que se van invitando todos —resoplé.

—Ya no es como antes, que llevabas unas chuches a la escuela, te cantaban cumpleaños feliz y listo.

—No, para nada, ahora llevan las chuches, luego celebran el cumple y nada, marrón para los padres —reí.

—El de mi niña siempre lo celebro en una sala de juegos para niños que preparan pizzas y todas esas cosas, además de haber un equipo de animación. Los cito allí a todos, tres horitas de juego para que disfruten y adiós.

—Yo hago lo mismo, la última vez fue en uno que estuvo muy bien, había espectáculo de las princesas Disney y las maquillaron a todas.

—Sí, eso es lo que se lleva ahora —reímos.

Estuvimos un rato charlando y más tarde se fue, estaba claro que no iba a dormir conmigo, aunque a mí, no me hubiera importado.

Habíamos quedado que cuando nos despertáramos, iríamos a su cabaña y él prepararía churros que habíamos comprado congelados, con chocolate.

Esa noche me dormí pensando en él, me encantaba, me tenía en una nube... ¡Era para comérselo!

Pero bueno, sería la de tiempo que llevaba sin estar con un hombre que esto, me estaba volviendo más majara de lo normal.

Capítulo 3



Desperté con las carcajadas de las niñas al otro lado de la habitación...

—¿Qué pasa aquí? —Aparecí de golpe, riendo.

—Estamos muertas de hambre —dijo Nicole, tocándose la barriga.

—Pues entonces dejarme un hueco y dormimos un rato más —bromeé metiéndome entre ellas, que estaban sentadas en una misma cama.

—No, vamos a comer ya —protestó Nicole, ante la risa de Chloe.

—Hoy estamos a dieta —reí.

—No, que estamos a la línea —respondió Chloe, causándome una carcajada.

—A la línea os voy a dar, a las dos —les hice cosquillas.

Le di un beso y un abrazo a cada una, les puse el abrigo y fuimos a la cabaña de Scott, que las recibió a las dos, con un gran abrazo grupal.

—Joder, como huele a chocolate —dije emocionada.

—Y los churros ya casi están —me hizo un guiño.

—Papá, he dormido bien y toda la noche.

—Y yo —saltó mi hija.

—Sois unas campeonas —les levantó el brazo en plan victoria, provocándoles una carcajada.

—Hoy es Navidad, así que, tenéis que pedir un deseo mirando hacia la casa de Santa Claus.

Miré a Scott por lo que acababa de decir y me hizo un guiño.

—Y la gente que no tenga visión a la casa por estar en otra parte del mundo no pueden pedir un deseo —dijo Chloe, apoyando sus codos en la mesa y poniendo la cara entre sus manos.

—Claro, pero lo piden mirando al cielo, las estrellas le dan el recado a Santa Claus —contestó.

—Papá, las estrellas no hablan —volteó los ojos.

—Pero piensan y se lo dicen por la mente —contestó mi pequeña.

—Mira, que era broma lo del deseo, que ya le disteis la carta —dijo Scott, viendo la que había liado con su broma.

—¡Ah no!, no les mientas, hay que pedir el deseo —reí agarrando a las dos y poniéndolas junto a la ventana, mirando hacia la casa—. Pensadlo bien, a la de una, a la de dos y a la de tres... ¡Ya!

Se quedaron en silencio pensando unos segundos y luego empezaron a aplaudir emocionadas, las volví a llevar a la mesa.

—Solucionado —dije sonriendo, con ironía.

—Ahora vamos a pedirlo los dos, cuando desayunemos —volvió a bromear.

—Claro, yo ya sé lo que pediré.

—Y yo, vamos —rio mirándome—, claro lo tengo —me hizo otro guiño de esos que me derretían.

Nos hartamos de mojar esos churros gordos en el chocolate, no parábamos de gemir, aquello estaba realmente delicioso, no había placer más grande que un desayuno de ese tipo.

—Este chocolate es el más rico del mundo, porque es el de Papa Noel —dijo Chloe.

—De Papá Noel nada, es mío —dijo Scott, haciéndose el ofendido —para eso lo hice yo, él no hizo nada —carraspeó.

—Pero es de su zona, por eso es el mejor del mundo —protestó Nicole.

—En la zona de mi casa hay un casoplón y no por eso es mía —respondió Scott.

—Pero este chocolate es de Papa Noel —seguía protestando.

—Vaya, pues mañana que te lo haga él.

—No, él está muy liado preparando los regalos para todos los niños del mundo —dijo Nicole.

—Ah bueno, pues entonces le perdono, está bien, el chocolate es de él, pero lo preparo yo y nos lo bebemos los cuatros —hizo un gesto de burla y las niñas estaban de lo más graciosas.

—Yo en mi casa, tomo Cola Cao —dijo Chloe.

—Yo, Nesquik —respondió Nicole.

—Pues yo el café de George Clooney —dijo Scott, haciéndonos reír.

—Como yo —le seguí.

—Menos mal que nosotros, al menos, nos ponemos de acuerdo.

—Y nosotras, mira comiendo chocolate las dos —dijo Chloe.

—¡Tomando! Es líquido... —aclaró Scott.

—Lo que sea, pero en esto, estamos de acuerdo los cuatro —dijo Nicole.

—Ah no, yo no, eso de que es el chocolate de Papa Noel, a mí no me convenció mucho...

—Buena cosa has vuelto a decir —resoplé riendo.

Tras el desayuno abrigamos bien a las niñas y se pusieron delante de la cabaña a hacer un muñeco de nieve, las mirábamos desde la ventana de la cocina, mientras preparábamos la comida para ese día navideño.

—Tenéis que ponerle esta bufanda —dijo Scott, dándoles una por la ventana.

—Y la zanahoria en la nariz —dije riendo.

—Es verdad, pero no tenemos, a ver, a ver —miró en el frigo y cogió una de las salchichas gordas y grandes que habíamos comprado, se la dio a las niñas y yo me estaba muriendo de risa, menos mal que era muy gorda y no se quedó flácida.

—Y para los ojos, ¿qué? —preguntó Nicole.

—Esperad, seguro que se me ocurre algo... —dijo revisando por la cocina.

—Le damos dos monedas de cincuenta céntimos y listo —reí.

—Espera a ver si tengo —dijo mirando en un cuenco donde tenía unas monedas.

—Si no voy a mi cabaña y miro...

—Mira, dos de dos euros, también valen —dijo acercándose a la ventana para dársela a las niñas.

—Ahora tenéis que buscar algo para la boca —dijo Chloe.

—Eso es peor —rio.

—¡Lo tengo!, un gajo de la naranja —me puse a pelarla.

—Mejor dos, uno para el labio superior y otro para el inferior.

—Que bien hablas, hijo —reí.

Se lo dimos y claro, la cosa no iba a quedar ahí.

—Papá dame mi gorro de lana, el de la flor que se lo voy a poner.

—Voy, verás si luego no nos piden un abrigo —se persigno, causándome una carcajada.

Le dio el gorro y salimos a tirarles unas fotos, aquello había quedado para matarse de la risa, los ojos con las monedas, la salchicha de nariz, los labios con naranja, la bufanda y la gorra con la flor a un lado, vamos, un numerito de muñeco.

Scott era de lo más gracioso, además era el defensor de las niñas totalmente, mientras cocinábamos tomamos una copa de vino.

—Al final me vas a echar de menos cuando te vayas para Santander y no tengas quién te cocina tan bien —carraspeó.

—Yo también lo veo —reí.

—Menos mal que no eran cosas de mi imaginación —volteó los ojos y dio un trago.

—Tampoco te emociones mucho, que me defiende en la comida —resoplé.

—Bueno pero no es lo mismo hacerlo a que te lo hagan...

—Dicho así suena...

—No pienses mal —advirtió con su dedo riendo.

—¿Yo? Dios me libre... —y más después de casi seis años sin que me pusieran una mano encima...

Las niñas nos llamaron emocionadas, ya tenían su muñeco de nieve completo, le habían añadido una capa al estilo Superman, que habían hecho de un saco donde habíamos traído la comida, aunque eso parecía más el jorobado de Notre Dam. Nos reímos al verlo, pero las aplaudimos y vitoreamos.

En la comida, a mi hija no se le ocurrió otra cosa que decir, que en su carta le había pedido a Papa Noel, un novio para mí.

—Chloe, tenemos que ir a rectificar la carta, mira que no pedir una novia para papá... —resopló riendo y causando una risa en todos.

—Sí la pedí, cuando lo del deseo por la ventana pedí que Evelin, fuera tu novia —rio, poniéndose las manos en la boca.

—Y yo que Scott, fuera el tuyo —soltó la mía, riendo de igual manera.

—Pero... ¿Esto qué es? —pregunté poniendo los brazos en jarra, en plan enfadada.

—No les vaya a reñir, encima de que nos hacen el trabajo —volteó los ojos.

—Claro, claro —di un trago a la copa de vino y las niñas se miraron riendo.

—¿No quieres un novio, Evelin? —preguntó Chloe, riendo.

—Bueno, no sé, me lo tendría que pensar... —Hice como la que se ponía nerviosa.

—Pero tiene que ser Scott, para que Chloe y yo, estemos juntas.

—Hija, come y calla, anda preciosa... —dije con una amplia sonrisa, en plan irónico.

—No, no me quiere —dijo Scott sobreactuando, como si fuera a romper a llorar.

—Papá, si te quiere, pero se está haciendo la dura.

Soltamos una carcajada impresionante, era alucinante lo que esas niñas lanzaban por esas bocas, con tan solo cinco años cada una.

La verdad es que por mí, no había problema de que pidieran eso, pero tenía que disimular ¿Quién no querría un Scott, en su vida?

Pues eso, cualquier persona lo querría, por lo que no entendía que nadie lo hubiese atrapado aún, aunque de la manera que me habló de la mujer, estaba muy enamorado y lo debía de haber pasado realmente mal.

Me conmovió el alma cuando me relató el día tan bonito en que llegaba Chloe y a la vez como se convirtió en tan amargo cuando se iba su mujer, era conmovedor, se me saltaron las lágrimas, al igual que a él, al recordarla.

—Era muy buena, risueña, calmada, comprometida con los más desfavorecidos, siempre con muy buen rollo —la describía con mucho amor.

Debió ser muy duro pasar por aquello, más duro de lo que me pasó a mí, pues realmente yo lo amaba, pero no lo amaba bien. No se podía amar a un ser tan despreciable, aquello no era sano, pero lo de ellos, sí...

Verse de repente viudo, con una hija, esa que esperaron los dos con tanta ilusión, debió ser la muerte en vida, me dolía pensar por lo que tuvo que pasar.

En aquel lugar estaba todo precioso, iluminado, lleno de nieve, mirábamos por la ventana y nos quedábamos embelesados, aquello era realmente mágico, era como estar en otra parte del mundo.

Fuimos a las cuatro, a la casa de Papa Noel, a recoger los regalos que ya habíamos depositado a la llegada en recepción, como todos los que iban llegando y sin que las niñas se dieran cuenta.

Las niñas estaban super nerviosas esperando su turno y cuando las llamaron, se acercaron temblonas hasta el pobre hombre, que las acarició la espalda para tranquilizarlas.

Chloe dijo algo que nos dejó impresionados ante la pregunta que le formuló Papá Noel.

—¿Qué desearías que no fuera material?

Pues con cinco años pensé que no iba a saber contestar a esa pregunta, pero Chloe, no tardó ni dos segundos en hacerlo.

—A mí me gustaría que fueras al cielo y le dieras un beso a mi mamá, que le dijeras que papá y yo la queremos mucho y que un día nos reuniremos con ella.

Miré a Scott y este, se puso las manos en sus ojos y comenzó a llorar, le toqué la espalda y se la acaricié, a mí se me humedecieron los ojos y solté el aire, aquello nos había dejado emocionados, sobre todo, a Scott.

—No lo dudes —contestó el hombre—. En cuanto termine mi trabajo iré —miraba a Scott, sabía que se había roto con lo de la hija—, estaré con ella un buen rato, pues yo también necesito compañía, lo mismo hasta me quedo con ella todo el año, ya veré —decía y Chloe, se ponía las manos en la boca emocionada—. Le voy a dar muchos besos y abrazos, además de contarle lo buena hija que eres.

—¡Gracias! —dijo emocionada y lo abrazaron las dos niñas.

—¿Y a ti? Bueno veo que te has quedado sin habla...

—A mi padre no lo busques —dijo causando una risa en todos, incluso a Papa Noel, que comenzó a reír con su “Jo, Jo, Jo” incluido.

—¿Ni para llevarle carbón?

—No, no, no lo encuentres —puso cara de asco y yo, me morí de la risa de nuevo.

Jamás le hablé mal del padre, pero tampoco le tapé la verdad, se lo conté de la forma más suave y “bonita”, pero ella tenía claro que no quería ver al hombre que nos abandonó a las dos.

A Chloe le dieron una muñeca que había pedido y a Nicole la que quería de la tienda de abajo de mi madre, además, cortesía del lugar le dieron a cada una un estuche de maquillaje infantil, iban locas para la cabaña con sus muñecas y pinturas.

—¡Qué guay, ahora se va a ir con mi mamá! —decía Chloe, emocionada.

—Pues cuando le cuente a tu mamá, lo buena que eres, va a ser la mujer más feliz del cielo —dijo a modo divertido.

—¿Y le diré que me gusta leer?

—Claro, por supuesto, le va a decir todo lo bueno tuyo y de papá.

Se quedó emocionada mirándome, luego agarró la mano de Nicole y comenzaron a saltar a paso rápido.

Las niñas fueron directas a la ducha y le pusimos los pijamas, más tarde nos volvimos a encontrar en mi cabaña para cenar.

Estaba sintiendo por Scott, eso que iba causando un cosquilleo en mi barriga y me encantaba, era innegable, me hacía sentir como una niña a su lado, sacaba lo mejor de mí, además de robarme muchas sonrisas ¿Cómo podía ser tan perfecto?

Además, la forma de tratar que tenía a todo el mundo, el cariño que ponía en todo, la sonrisa que no perdía en ningún momento, esa paz que transmitía, no sé, pero es que no se le encontraba ningún fallo, también era generoso, ¿qué más le podía pedir? Pues bueno, estaba a reventar y guapo era un rato...

Al día siguiente iríamos al pueblo de Rovaniemi, lo estaba diciendo Scott durante la cena y a mí me pareció una gran idea, ya que estábamos en el parque de Santa Claus Village, no en la ciudad y era hora de conocerla.

Durante la cena, las niñas dijeron que allí le tendríamos que comprar un regalo por portarse bien, o sea, que, si no se lo comprábamos, se iban a portar mal. Reímos con las cosas que se le ocurrían, estaban para comérselas y se llevaban genial.

—Y si te digo que mañana no hay regalo...

—Pues mañana soy mala, mamá.

—¡Ay! Vas a ser buena, de eso me encargo yo, con o sin regalo —les saqué a las dos la lengua.

—Tu siempre dices que todo sacrificio tiene su recompensa, así que hay que tenerlo en cuenta.

—¡Madre mía! ¿Desde cuándo portarse bien es un sacrificio?

—Para una niña de cinco años sí, mujer —dijo Scott, haciendo una gracia con los ojos.

—Ya salió el defensor del menor —resoplé.

—Yo siempre con los más débiles —dijo en plan gracioso, sacando una risa en las niñas.

—Entonces si yo me porto bien... —Levanté las manos.

—Pues Scott, te hace la cena —dijo mi hija.

—Claro, así que más vale que te portes bien —advirtió Scott, con su dedo.

—Prefiero quedarme sin cenar —le saqué la lengua.

—No podemos con ella —negó la cabeza.

—Que sí papá, que va a ser buena.

—Y yo, para que me compren el regalo —dijo Nicole, recordando que tenía que haber regalo, sí o sí.

Tras la cena se acostaron, yo me quedé en la cocina con Scott, recogéndolo, todo cuando se giró y nuestros ojos se encontraron extremadamente cerca, el corazón parecía que iba a salirse de mi pecho y más, cuando noté que su mano me rodeaba con cuidado por la cintura y me acercaba a él.

Y nos besamos...

Cerré los ojos y me dejé llevar por esos delicados besos, con esa ternura que conseguía que me derritiera a cada instante. Me miró sonriendo.

—Lo siento... —Arqueó la ceja.

—¿Por?

—Por no haber podido resistirme —su mano seguía en mi cintura.

Lo besé, esta vez con más fogosidad, me abrazó y ... ¡Bingo!

—Se están besando —dijo Nicole, con la mano en la boca riéndose.

—Se cumplió nuestro deseo —contestó Chloe, emocionada con las manos sin poder dejar de moverse.

—¡No! —reí —Me estaba quitando una mancha que tenía en la cara —intenté sonar a credibilidad.

—Claro, claro... —dijo Nicole, volteando los ojos y marchando para dentro de la habitación de nuevo con Chloe.

—No me lo puedo creer —me puse las manos en la cara y él, me las quitó.

—Era el deseo de ellas —carraspeó.

—Pero... —resoplé negando.

—Pero nada —me abrazó y besó la frente.

Me encantaba, esa era la verdad y con la naturalidad que se lo tomaba todo, pero yo me moría de la vergüenza.

Nos quedamos un rato en la cocina, tonteando, besándonos, las niñas ya estaban dormidas.

—Es hora de que me vaya...

—¿Te piensas que te voy a dejar dormir sola en la cabaña?

—Ayer dormiste tú —reí.

—Ya, pero yo no te voy a dejar dormir sola, tienes mi cama, yo duermo en el sofá.

—Ni de broma, no lo permitiría.

—Pues tendrás que dormir conmigo —dijo cogiéndome en brazos y llevándome a la cama mientras me besaba.

—¡Scott!

—No grites que se despiertan.

Me sentó a un lado de la cama y él se metió por el otro.

—Ven —me ayudó a echarme sobre su pecho y comenzó a tocarme el pelo.

—Me muero de la vergüenza —dije con una risa nerviosa.

—No seas tonta, confía en mí —besó mi cabeza.

Yo confiaba y quería que pasara algo entre nosotros, pero me moría de la vergüenza, no pude ni contestar.

Sentirme tan cerca de él y poderlo oler, era una sensación indescriptible, de esas que hacía mucho tiempo que no recordaba. Me sentía especial entre sus brazos, con sus miradas, con sus caricias en mi pelo echándomelo hacia atrás, con su armonía.

Comenzamos a charlar hasta que no sé en qué momento nos quedamos dormidos...

Capítulo 4



Desperté y me estaba mirando, no me lo podía creer había dormido sobre su hombro, lo tenía que tener dormido, pero lo veía ahora de chándal, algo no me cuadraba...

Me dio un beso en el más absoluto silencio, sonriendo y metí mi cabeza en su cuello y se lo besé, él puso su mano en mi nuca.

—Que raro que las niñas no despertaron —dije medio adormilada.

—Las niñas hace una hora que desayunaron y las llevé a las actividades del centro infantil, hasta las doce no se recogen y ya nos vamos a la ciudad.

—¿En serio?

—Ajá, menos mal que le vale la ropa de mi niña —rio.

—¡Ay Dios! ¿Por qué no me despertaste?

—Dormías plácidamente... —Acarició mi pelo.

—Siempre me despierta ella.

—Lo sé, pero esta vez no le di la oportunidad —carraspeó.

—No sé qué decir...

—No digas nada —comenzó a besarme y lo abracé, me pegué a él, lo deseaba y mucho.

Notó mi reacción y me agarró las nalgas para pegarme más y sentirme, yo solté el aire y un cosquilleo recorrió mi cuerpo.

El roce con su miembro me hizo soltar un gemido casi silencioso, pero él se percató y sonrió acariciando mi mejilla con sus dedos, mientras carraspeaba.

Comenzó a desnudarme, yo no opuse resistencia, es más, lo ayudé a desnudarse a él y, vaya cuerpo...

Yo me moría de la vergüenza de que me viera desnuda, pero era un tío que sabía hacerte sentir de lo más cómoda.

Comenzó a acariciarme con cuidado, con un tacto increíble, mientras me besaba y me miraba con esos ojos que me hacían tocar el cielo.

Sabia como hacerte sentir deseada, cómoda, era increíble el tacto que tenía para todo, además de esa sensación de control que poseía, yo estaba que me iba a desmayar de los nervios, pero quise fingir.

Casi me pide permiso para penetrarme, me tuve que reír, su gesto fue de lo mejor, todo esto después de un precalentamiento que me hizo llegar a un orgasmo brutal, de esos que ni recordaba.

Hacerlo con él, era toda una locura, su tacto, su forma de mirarme, sus gemidos contenidos, era todo, pero te hacía vivir una preciosa locura.

—Me encantas —dijo, mientras me lo hacía.

—Tú a mí también —sonó a gemido, me sonrojé a la vez.

Cuando terminamos fuimos a ducharnos, nos vestimos y preparamos el desayuno, de lo más acaramelados y cariñosos, me encantaba, me gustaba más de lo que él, se podía imaginar.

—Qué placer tanto silencio —dije riendo, mientras tomaba el café.

—No paran, son dos cotorras, las vamos a tener que llevar más a menudo a esas actividades —volteó los ojos.

—A mí, hay días que me agota.

—A ti y a todo el mundo, por mucho que se las quiera y disfrutemos con ellas y todo, hay días que nuestro cuerpo y mente no dan para más, pero es normal.

—Me tranquilizas, pensé que era la única.

—Para nada y, sobre todo, para los que somos padre y madre a la vez —levantó la ceja.

—En eso tienes razón, hacemos trabajo doble.

—Pues por eso, ahora hay que disfrutar de estos momentos de paz que son pocos y pasan volando —se acercó y me besó en la mejilla con su taza de café en la mano.

—A veces pienso que necesito un viaje sola, pero luego la dejo algún finde en casa de los abuelos y la echo tanto de menos, que termino quedándome allí con ellos —negué con la cabeza.

—No podemos estar sin ellas —se encogió de hombros—, a mí me pasa igual, mis padres se la quieren llevar siempre y yo me pongo malo.

—Son como un dolor de cabeza, pero a la vez actúan como una droga que no podemos vivir sin ella.

—Así es, vaya ejemplo —rio, ladeando la cabeza.

—Soy intensa —reí.

—¡No! No me había dado cuenta —se puso las manos en la cara.

—Un poquito de nada —me salían las carcajadas con él, me moría con ese hombre tan especial que había conocido hacía nada.

Cuando fuimos por las niñas estaban con las caras pintadas de rojo y dorado, como si tuvieran puestas unas mascararas venecianas, nos hizo mucha gracia.

—Somos las mejores princesas del mundo —dijo Nicole.

—De eso no me cabe duda —respondió Scott.

—Yo soy la princesa Chloe y ella es la princesa Nicole.

—¿En serio? —Se hizo el impresionado, metiéndose en su papel.

—¡Sí ¡— gritaron de lo más contentas.

—Pues yo, soy la chacha de las princesas —dije sacando la lengua y causándoles una carcajada.

—No, tú eres la reina, la mamá de las princesas —dijo Scott, haciéndome un guiño.

—Y tú, el príncipe —dijo Chloe.

—No, yo el rey, pongamos orden, por favor —se cruzó de brazos.

Un taxi nos llevó hasta la ciudad y allí nos fuimos a comer a una pizzería, las niñas, por supuesto, con esas pintadas, se veían como princesas, nos pidieron que le tiráramos mil fotos.

—Mi pizza se llama, “pizza a la princesa” —dijo Nicole.

—La mía se llama, “pizza a lo polar” —respondió Chloe.

—La mía se llama, “pizza al cuento” —dijo Scott, siguiendo como siempre las bromas.

—Pues la mía, “pizza Noel” —les saqué la lengua y se echaron a reír.

Cualquier momento con ellas era un dilema de lo más gracioso, lo vivían todo tan intensamente, que producía ternura con solo mirarlas. La verdad es que había que ponerse a su

altura constantemente y ser partícipes de esas fantasías infantiles, que se le pasaban por la cabeza en todo momento.

Luego paseamos un poco, Scott me llevaba de la mano, decía que todos teníamos que ir agarrados de dos en dos, ellas se agarraron y nosotros detrás. De vez en cuando, besaba mi mejilla cuando ellas no miraban, me moría de la risa con ese hombre, a la vez que me derretía.

—Esto es frío de verdad, lo que nosotros tenemos en España, es tontería al lado de esto — dijo agarrándose fuerte.

—Mucho frío, sí —miré a las niñas que andaban como dos muñecos de nieve completamente cubiertas y bien arropadas.

—Vivir aquí todo el año debe de ser duro, haces más vida en la casa que fuera, pues es imposible estar en la calle mucho tiempo.

—Eso estaba pensando yo, con la buena temperatura que tenemos allí.

—Que es precioso, es innegable, pero para unos días y ya...

—Así es —reí—, pero nos acordaremos toda la vida.

—Sobre todo, cuando haga frío, lo llevaré mucho mejor recordando esto —apretó mis hombros con sus manos.

Compramos chucherías para la cabaña, esa noche estaba decidido, tocaba en la mía.

—Yo quiero muchos regalices en rojo y negro —dijo Chloe.

—Y yo esponjas y gusanitos —gritó Nicole, emocionada.

—Nada, un surtido de todo —rió Scott, cogiendo de todo y metiéndolo en la bolsa.

—Muchas chuches, te estás pasando... —carraspeé.

—Bueno, hay que endulzar más estos días —me hizo un guiño.

—Demasiada azúcar para mi cuerpo —reí.

—Y lo que te queda... —carraspeó.

Entramos a una pastelería y también nos hicimos de una bandeja de azúcar para el cuerpo, pero es que tenían una pinta los dichosos pasteles, que cualquiera los dejaba ahí.

—Yo quiero eso —dijo Nicole, señalando un globo en forma de árbol de Navidad.

—Y yo el otro —contestó Chloe, señalando otro con la forma de Papa Noel.

Se los compré sin dudarle, algo tenía que pagar, era ir matándome por todos lados con Scott, y no había forma.

Ni de pagar los globos, por arte de magia, volvió a pagar él.

—Scott esto me está cansado, tengo dinero destinado para el viaje y aún no he abierto la cartera. No tienes que pagarnos nada.

—Estoy rodeado de princesas, las tengo que cuidar —se encogió de hombros, me echó el brazo por encima y comenzamos a caminar, ignorándome.

—Te lo estoy diciendo en serio, los días que nos quedan aquí, seré yo quien pague.

—Estoy guardando los tickets, a la vuelta te los paso y me das la mitad —dijo con ironía y no coló, sabía que era mentira.

—Scott...

—Evelin... —carraspeó y abrió la puerta del taxi para que nos montáramos.

En el taxi iba en medio de cada niña, que no paraban de pelear con los globos y yo, esquivaba los golpes.

—Os portáis bien u os lo quito —dijo Scott, mirando hacia atrás.

Joder era mirarlas y se quedaban quietas, que habilidad.

Volvimos después de un precioso día, cenamos un caldo de pollo que hizo Scott y verduras,

luego se acostaron las niñas y nos quedamos un rato charlado antes de irnos a la cama.

—Te voy a echar mucho de menos el día que volvamos —dijo en tono melancólico.

—Y yo —sonreí con tristeza.

—La vida no nos va a separar —me besó y me dejó con esa frase clavada en el corazón.

¿Qué habría querido decir? ¿Me estaba dejando caer que lucharía porque estuviéramos juntos?

No quería ponerme a pensar en pajaritos, que luego me rompieran el corazón, lo mismo no lo había dicho en ese sentido, así que no lo iba a tomar al pie de la letra, que para tomarme todo literal era muy profunda. Así me había ido...

Nos fuimos a la cama, por supuesto lo volvimos a hacer, era tremendo, me desnudaba sin casi ni darme cuenta, me quedaba perdida en esa mirada, esa que parecía lanzarme mil mensajes a la vez. Me estaba volviendo loca y esperaba que no fuera de amor.

Después de hacerlo me echó sobre él, parecía que, como yo, también necesitara dormir pegado a mí, abrazados, sintiendo que estábamos ahí, el uno con el otro.

Era un momento mágico, la verdad es que me sentía muy cuidada por él, como si estuviera ahí en todo momento, pendiente de que me sintiera protegida. Me iba a costar mucho trabajo volver a la realidad.

A la mañana siguiente, un jaleo en el salón nos hizo levantarnos de un salto.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Scott, en tono enfadado mirando a las dos niñas que estaban discutiendo.

—Ella tuvo mi muñeca unos minutos y ahora no me deja la suya —se quejó Nicole.

—Nicole...

—Déjame a mí —dijo cortándome—. Chloe dale la muñeca a la de ya y si vuelves a ser egoísta, te la quito durante todo el viaje.

—Pero la quería peinar un poco.

—Pues la peinas después de que ella juegue, pero no puedes usar algo de alguien y luego no prestar tus cosas, eso es egoísmo.

—Pues ya no juego más con ella —protestó su hija, dándole la muñeca a Nicole y esta se puso a llorar.

En definitiva, mi hija llorando, la otra enfadada y Scott resolviendo, pero lo hizo y de muy buena manera, al final terminaron las dos llorando abrazadas y pidiéndose perdón.

—Mucho han tardado en pelearse —dijo en voz baja, riendo.

—Tienes razón —reí, mientras le ayudaba a preparar el desayuno.

Desayunamos ya, en un buen ambiente después de ese despertar y las niñas se fueron a hacer un nuevo muñeco de nieve.

Ese día lo íbamos a pasar relajados en la cabaña, hacía demasiado frío y teníamos más días para ir al parque de nuevo.

—Veremos cuanto falta para la próxima pelea, en cuanto le cojan el vicio, lo harán continuamente —sonríó agarrándome por la cintura y pegándome a él.

—Eso lo tengo claro, dos horas como mucho y verás —lo besé.

—Estás preciosa, como cada día, pero siempre brillas de una manera diferente.

—¿Te has levantado romántico? —pregunté con los ojos abiertos como platos y riendo.

—¿Tú no lo eres?

—Bueno, a mi forma... —carraspeé.

—Pues entonces lo eres, si lo admites de esa manera, aunque sea a tu forma —me pegó más a su miembro y me besó.

—Me vas a poner...

—Yo, ya lo estoy —hizo un sonido con su garganta.

—Pues vamos a tener un problema —levanté la ceja sonriente.

—Espera aquí —vi como cogía a las niñas y se las llevaba.

Volvió a los cinco minutos, me imaginé que las llevaba a la escuela de Santa Claus, donde los niños podían pasar con monitores el tiempo que quisieran.

—¿Por dónde íbamos? —Me agarró por la cintura, me levantó en peso y me sentó sobre la mesa, quedando él, en medio.

Retiró todo y me echó hacia atrás, bajo mi pantalón y luego mis bragas, solté el aire, aquello era demasiado excitante sobre aquella mesa.

Levantó mis piernas y las colocó al borde de la mesa bien abiertas, sacó mi culo hacia fuera.

Luego me quitó la camiseta, yo no llevaba sujetador, así que me dejó rápidamente expuesta ante él, mirándolo avergonzada pero sonriente.

—No te muevas —advirtió con su dedo y se fue al baño, volvió con un bote de crema hidratante, que se puso en las manos—. Relájate, cierra los ojos —dijo poniendo sus manos en mis pechos y comenzando a hacerles un masaje y jugando a la vez con mis pezones.

Cerré los ojos, a pesar de que aquello me ruborizaba me quise relajar y disfrutar de ese momento.

Sus manos impregnadas en aquella crema, comenzaron a bajar por mi vientre hasta ponerse en la entrada de mi zona íntima.

Metió sus dedos y me retorcí gimiendo, me sujetó poniendo su otra mano en mi estomago para que no me moviera, sus dedos comenzaron a moverse dentro de mí de forma insistente, haciéndome casi saltar, pero no podía, luego se fue a mi clítoris y comenzó a acariciarlo.

Los círculos ligeros y apretando, me hicieron gemir constantemente, volverme loca de placer, con su otra mano pellizcaba mis pezones.

—Disfruta —decía mientras me volvía loca.

Chillé como loca cuando iba llegando y luego solté el aire al llegar al orgasmo, me quedé abatida hacia atrás.

Sentí como se desabrochaba el pantalón, yo aún estaba temblando, pero le tocaba a él y en consecuencia a seguir disfrutando yo.

Me abrió las piernas de nuevo, yo estaba con ellas cerrada después de aquel lujurioso orgasmo.

—¿Ya? —preguntó para ver si ya estaba recuperada.

—Casi —reí y noté como lo ponía en la entrada de mi cueva.

Comenzó a penetrarme con suavidad y luego a ir intensificando los movimientos, mientras me agarraba por las caderas con fuerza.

Sus manos iban de mis caderas a mi pecho y emitía sonidos que advertían del placer que estaba produciendo en él, aquel acto, aquello me encantaba.

Cuando se corrió, cayó sobre mí y comenzó a mordisquear mis pezones, precia como si los fuera a arrancar, pero era un dolor placentero, yo me quejaba a la vez que gemía y él quitaba mis manos para que lo dejara actuar con libertad.

Salió de mí, me dijo que no me moviera para mi asombro y volvió.

Me levantó me giró y me tumbó con medio cuerpo hacia la mesa, no me lo podía creer, levantó mis caderas y volvió a penetrarme.

Me agarré a ambos lados de la mesa y grité de placer mientras el apretaba mis pezones de

forma dura mientras me lo hacía, aquello fue un placer inexplicable, me estaba volviendo loca, caí agotada cuando terminó.

Luego me ayudó a vestirme y me abrazó.

—Gracias por permitirme disfrutar de ti.

—No seas tonto, para mí es todo un placer y nunca mejor dicho —dije produciendo una risa en los dos.

Scott se fue por las niñas y luego preparamos la comida, ellas estaban super emocionadas con unas cajas de madera en plan joyeros, que habían hecho en el taller infantil.

La comida la pasaron charlando como dos cotorras, Scott y yo, nos mirábamos de forma confidente, como si nuestras miradas hablaran por sí solas y entendiéramos los mensajes que nos enviábamos el uno al otro, al menos yo lo sentía así.

Estuvimos viendo películas de Navidad que había allí, cortesía de la cabaña, tenían varias para escoger, así que vimos tres, un maratón de cine ese día.

Scott y yo a un lado del sofá, las niñas en el suelo pegadas a la mesa baja con las muñecas y viendo la tele, como una familia. En esos momentos me volaba la imaginación y me imaginaba con Scott así, en la vida cotidiana, conmigo y las niñas, sería algo precioso, pero solo me quedaba soñar.

Nos comimos todas las chuches que habíamos comprado en Rovaniemi el día anterior, como los pasteles, cayó todo, absolutamente todo.

Por la noche nadie quería cenar ¿Qué íbamos a cenar con semejante atracón que nos habíamos dado?

—Yo me quiero ir a la cama —dijo Chloe.

—Y yo —respondió Nicole.

Las acosté y tapé, les di un beso de buenas noches y acto seguido, hizo lo mismo Scott.

Esa noche dormimos hasta la garganta, me costaba moverme, notaba una bola en mi estómago y encima Scott, poniéndome nerviosa con la broma de intentos de cosquillas.

—No puedo moverme —dije quejándome al acostarme.

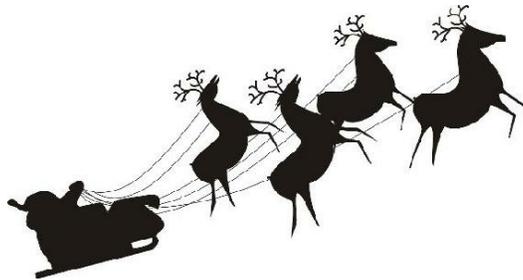
—No hace falta, lo haré yo todo —soltó Scott, produciéndome un cosquilleo en el estómago.

Lo volvimos a hacer, con más fogosidad complicidad, con más pasión, cada vez me sentía más unida a él y todo era más fluido, era como si lo conociera de toda la vida.

No me daba ya apenas vergüenza estar desnuda ante él, lo veía tan excitado mirándome, que me hacía sentir una diosa en sus manos.

Cada momento, cada caricia, cada abrazo, cada acto, todo estaba siendo lo más bonito y excitante, que me había pasado jamás.

Capítulo 5



—Yo abro con la llave o salimos por la ventana —fue lo primero que escuchamos al abrir los ojos y saltamos rápidamente de la cama.

—¿Dónde se supone que vais ustedes, muchachitas? —preguntó Scott, con los brazos en jarra.

—Nada, es que queríamos ir a ponerle la cabeza bien a Donal —se refería al muñeco de nieve, que lo habían bautizado así.

—Claro, en pijama, sin zapatillas, en plena nieve —carraspeó reprochando.

—No, estábamos pensados y luego nos íbamos a abrigar —contestó Chloe.

—Así mismo —respondió Nicole, riendo en un intento de defensa hacia su amiga.

—Pues de aquí no se sale sin nuestro permiso y menos, si estamos durmiendo. Si lo llegáis a hacer, perdéis las muñecas de Santa Claus —se miraron enfadadas, eso no les había gustado—. Ahora a la mesa que os preparo el desayuno y dadme un beso cada una, u os quedáis sin comer —ya salió su lado más fraterno.

Las niñas les dieron un beso aguantando sus muñecas con fuerza por si se las quitaba, yo aguantaba la risa, luego vinieron a mí y me abrazaron riendo por la bronca que se habían llevado, buscaban mi complicidad y yo les hice un guiño.

Desayunamos entre risas, la verdad es que era un chute de adrenalina ver la felicidad en sus rostros, tanto en las niñas como en Scott, que me miraba de esa manera tan especial, que me hacía elevar por encima del suelo.

—Mamá, si Papa Noel no tiene hijos mágicos, cuando se muera, nadie lo podrá sustituir —dijo con tristeza.

—Es verdad —respondió Chloe.

—Papa Noel no morirá nunca, es eterno, ¿no lo sabéis?

—No —dijeron de forma sincronizada.

—Pues así es, así que es el único hombre del planeta junto con los Reyes Magos, que siempre vivirán.

—Pues yo quiero vivir para siempre —dijo Chloe.

—No, es un aburrimiento —respondió el padre—, además, luego hay otras preciosas vidas —le hizo un guiño.

—Junto a mamá —dijo sonriente.

—Efectivamente, junto a ella, que te espera con los brazos abiertos.

—Y a ti —rio.

—Mas le vale... —dijo en plan gracioso, produciendo una gran ternura en mí.

Ese día nos fuimos al parque principal al más importante de aquella zona, la otra vez

estuvimos en uno pequeño, dentro de las villas y con dos o tres atracciones.

Llegamos a Santa Park, el nombre del parque de atracciones, esta vez fuimos en taxi.

—¡Esto es grandíisimo! —dijo Chloe de forma exagerada, haciendo reír a Nicole.

—Es el parque más bonito del mundo —respondió mi niña haciendo también, gestos exagerados.

—Escuchadme las dos, a nuestro lado todo el tiempo, luego no quiero lloros por haberos perdidos.

—Nosotras iremos de la mano —dijo Nicole, agarrando a la hija de este.

—¡Siempre juntas! —chilló Chloe, emocionada.

—Y yo, cuido a Evelin —me cogió de la mano sonriente.

—Claro, alguien me tiene que cuidar —reí, mirándolo emocionada.

Fuimos hacia la galería del hielo y en la entrada, nos recibió la princesa de hielo, las niñas se emocionaban y se ponían de lo más nerviosas.

—Y no se derrite —dijo Nicole, mirándolo todo y alucinada.

—Claro, aquí está todo muy, muy frío —dijo Chloe, levantando las manos.

Dentro había renos, águilas y un sinfín de figuras de hielo, era un espectáculo verlas, además, dentro había un bar donde nos tomamos un vino en un vaso de hielo, era impresionante.

—La edad de hielo, es esto —reí.

—Tomar algo en un vaso de hielo, lo último que podía imaginar —dijo Scott, dando un trago.

Aquel lugar era espectacular, impresionante, nos dejó muy buen sabor de boca en ese primer contacto.

Luego salimos de allí y fuimos a ver un espectáculo de elfos. Scott estaba más emocionado que las niñas, que ya era decir, pero bailaba a ritmo de todo y gritaba como un niño.

Bailaban aplaudiendo en todo momento, la verdad es que era entrañable y precioso el espectáculo y hacía involucrarse a cualquiera de los allí presentes.

Hicimos hasta un taller de galletas de jengibre, típicas de estas fiestas, incluso las decoramos. Fueron unos momentos buenísimos.

Las metieron en una cajita para que nos la lleváramos.

Luego nos subimos a un tren que nos llevó por muchas galerías para enseñarnos las diferentes estaciones de Laponia y el taller donde trabajaban los elfos.

Nicole y Chloe, estaban atentas a todo, les llamaba mucho la atención todo lo que veían y pedían fotos continuamente. Scott, nos tiraba muchos selfis a él y a mí, luego me las pasaría todas, las quería tener como el mejor de los recuerdos, aquello era un viaje para no olvidar.

Y como no, Papa Noel tenía una oficina allí también, así que lo visitamos y volvieron a abrazarlo. Era idéntico al otro y las niñas ni se dieron cuenta, nosotros nos mirábamos riendo.

Les costaba separarse de él, estaban en un duelo por quien quedarse a Santa Claus, Scott y yo nos mirábamos muertos de risa.

—¿A qué se las dejo aquí hasta mañana? —me dijo bromeando.

—Hasta el día dos, mejor —reí.

—Lo iban a volver loco.

—No lo sabes bien... —reímos.

El día fue alucinante, de lo mejor que había vivido allí, disfrutamos como enanos. A las cuatro nos fuimos, cuando cerró el parque, anochecía muy pronto y las temperaturas eran terroríficas, había que resguardarse.

Esa noche nos acostamos rapidísimos ya que estábamos agotados, así que cenamos pronto y a

la cama.

Estuvimos charlando abrazados, luego lo hicimos, con ese control que poseía sobre mí y que tanto me gustaba, pero esta vez, me senté encima y comencé a cabalgar ante la sonrisa excitada de Scott, que me miraba y tocaba con mucho deseo.

Al día siguiente estábamos super temprano en planta.

—Mamá, hoy vamos a ir a ver los renos de la granja —dijo Nicole, riendo.

—¿Y quién dijo eso?

—Yo —contestó Scott—. Ayer les prometí que hoy las llevaríamos a verlos.

—Me apunto —sonreí con ironía.

—Eso es evidente —carraspeo preparando el café y la leche de las niñas con cacao.

—Estaba pensando que, para fin de año, tenemos que hacer algo chulo —dije sentándome.

—Nos disfrazamos todos y lo pasamos bien —dijo Chloe.

—En eso estaba pensando yo... —reí.

—Pues no sería mala idea —dijo Scott, poniendo los vasos en la mesa.

—Ah no, que pereza, con lo bien que se está en pijama.

—Yo quiero vestirme de la princesa de hielo —dijo Nicole.

—Yo también —respondió Chloe, feliz.

—Yo os regalo los vestidos, vamos al pueblo y lo compramos, pero os vestís ustedes, nosotros os miramos y aplaudimos.

—¡Vale! —gritaron emocionadas.

Desayunamos con eso sobre la mesa, las niñas hablando de cómo iban a ser las princesas de hielo la noche de Fin de año y Scott, que se metía en el papel, les seguía el rollo emocionado y las ponía más nerviosa. Yo me moría de la risa.

—Nos van a tener que tratar como princesas —dijo Chloe, refiriéndose a nosotros para la cena de fin de año.

—Como si no las tratáramos habitualmente —soltó una carcajada.

—Pero ese día, seremos princesas de verdad —reí.

—Para nosotros, siempre lo sois —dije de forma tierna.

—Pero ese día más, pues tendremos los vestidos de ellas —recalcó Nicole.

—Está bien, os haremos reverencia y todo —dijo Scott, guiñándome un ojo.

—Es verdad, tendremos que darle un trato principesco —dije aguantando la risa.

—Un trato de princesas —volvió a recalcar Chloe, dándolo por sentado.

Estaba viviendo lo que era una familia de verdad, aunque solo fuese por Navidad, pero lo sentía así, formábamos una piña en la que todos éramos uno.

Las niñas estaban disfrutando a tope, eso era lo más bonito y satisfactorio de todo, además de lo que yo estaba viviendo con Scott, que estaba siendo otro cuento de hadas paralelo al que vivían las pequeñas.

Ese día fuimos un rato a la granja, por fin, vieron de cerca los renos, disfrutaron como enanas, las dos horas que estuvimos por allí.

Les dieron de comer, se tiraron fotos, les hablaban como si los renos las fueran a entender. Scott y yo, estábamos muerto de risa, interveníamos buscándoles la lengua y vaya par, estaban hechas la una para la otra y al igual que discutían, de la misma forma se defendían.

Más tarde fuimos a la ciudad y aproveché para comprarles los vestidos, esta vez no me lo pudo negar Scott, le dije que era mi regalo hacia ellas, tal y cual, así que lo aceptó.

—Somos princesas de verdad —dijo Nicole, emocionada cuando les probé los vestidos.

—De verdad, de verdad —respondía nerviosa Chloe, mirándose al espejo.

—Me encanta el cuerpo que me hace —dijo Nicole, ante nuestro asombro. Negué con la cabeza, solo tenía cinco años y ya decía esas cosas.

—Se nos ve estilizadas —respondió Chloe, ya dejándome en shock total.

Además, como les habían regalado lo del maquillaje, iban de lo más emocionadas porque esa fantástica noche, serían unas princesas de hielo.

A la vuelta nos quedamos en uno de los restaurantes de la villa, había actuación y los niños estuvieron muy participes todo el tiempo. Las nuestras no pararon, comieron bailando, ni se sentaron, estaban disfrutando a tope y nosotros con ellas.

Luego nos fuimos a la cabaña, las niñas no dejaban de mirar los vestidos desde la cama, charlaban de lo bonitos que eran, se los habíamos colgado de la puerta.

Nosotros nos quedamos en el salón tomando unos vinos, charlando, besándonos, jugueteando, estábamos viviendo también nuestro momento. Ese momento nos había unido de una forma especial.

—Así que tendremos cena de fin de año de princesas —dijo besándome.

—Así es y seremos sus sirvientes —reí.

—Mucho no nos costará —dijo dando por sentado, que lo éramos continuamente.

—Que buena edad tienen —suspiré.

—Todos la hemos pasado —volvió a besarme.

Nos fuimos a la cama y nos volvimos a quedar desnudos, riendo, jugando, haciéndolo y gimiendo de placer. Me tuve que poner la almohada en la boca para que las niñas no me escucharan, pero estar en las manos de Scott mientras te lo hacía, era para chillar y que se enterara el país entero.

Al día siguiente decidimos volver a la ciudad y comprarlo todo para no tener que salir al otro día, que era el de fin de año, así que aprovechamos para pasar la jornada por allí y hacer las compras. Luego volvimos por la tarde con todo listo para, al día siguiente, vivirlo en la villa sin necesidad de salir y prepararlo todo con calma.

Aquel día hacia el mismo frío, pero no azotaba tanto el viento, así que paseamos un poco más cómodos y tomamos algo en varios lugares, esta vez comimos en un lugar de carnes a la brasa.

Estaba espectacular de sabor, jugosa, con una salsa barbacoa con miel que me hizo perder el sentido, riquísima.

Llegamos a la cabaña después de un día bien completo, las niñas volvieron a acostarse temprano y nosotros, como siempre, nos volvimos a perder entre las sábanas, en esos momentos que tanto nos gustaba, disfrutando el uno del otro.

Capítulo 6



Día de despedir el año...

Eso fue lo que pensé al despertar con las manos de Scott, acariciando mi cuerpo mientras sonreí.

—Buenos días —gemí estirándome cuando el me agarró el pecho.

—Buenos días —carraspeó.

—¿No despertaron aún?

—Para nada, siguen dormidas —dijo metiéndose debajo de las sábanas y arrancándome la braga.

Sonreí al saber que volvía mi macho ibérico, ese que me hacía vibrar con cada contacto de sus manos y piel, ese que me estaba volviendo loca de amor y de quien quedaba poco para separarme, pero no lo quería pensar. Estaba disfrutando todo al momento.

Comenzó a lamer mi interior y en mi zona más frágil, tuve que coger de nuevo la almohada y ponerla sobre mi boca, no podía permitir que las niñas nos escucharan.

Después de llegar a un orgasmo con su lengua, me penetró y lo hizo de la forma más fogosa y sensual. Moría con ese hombre, esto debía ser un sueño y no quería despertar por nada del mundo.

Después de hacerlo, fuimos a la cocina en silencio, preparamos el desayuno y ya se levantaron las niñas.

Estaban felices, era el día que estrenarían sus tan ansiados vestidos.

—Esta tarde nos haremos princesas —dijo Chloe, emocionada.

—¡Sí! —gritó Nicole feliz, mirándonos.

—Y nosotros, sirvientes —negó con la cabeza Scott, riendo.

—Nos toca aguantarnos —me encogí de hombros y sonriendo.

—Y tenéis que “reincidiendo” —dijo Nicole y sabíamos a lo que se refería.

—Reverencia, cariño —reí—, se dice, reverencia.

—Vaya fin de año más movidito nos espera —me dijo Scott, riendo.

—La culpa la tienes tú —le saqué la lengua.

—¿Yo? Fuiste tú quien dijo de ir a comprar los vestidos —reía.

—Bueno, tampoco pusiste resistencia.

—¿Yo, discutir con tres mujeres?

—Vaya, el fustigado —volteé los ojos.

—Bueno se hará lo que se pueda —dijo con ironía, produciendo una risa en todas.

Ese día se hartaron de jugar toda la mañana con la nieve, nosotros estuvimos preparando la comida, tomando vinos, escuchando música y disfrutando de ese momento, nos encantaba estar así,

juntos, dejando que todo fluyera.

—Me parece mentira lo bonita que están siendo las vacaciones en este frío lugar —dijo besándome.

Puse la copa de vino a un lado y lo abracé.

—Me parece increíble los momentos que estamos viviendo —le devolví el beso.

—Espero que no sean las últimas, juntos —levantó la copa y yo me emocione.

Brindamos, yo también lo deseaba y mucho. Scott, ya era parte de mí, había entrado pisando fuerte y solo deseaba poder continuar esto que se estaba forjando en Laponia.

—¡Nooo! —dije poniéndome las manos en la cara al mirar hacia fuera, Scott soltó una carcajada y salió corriendo.

Chloe y Nicole, en lo alto de otro montículo de esos que se formaban de nieve y nada, no dio tiempo a frenarlas, cuando se volvieron a tirar.

Yo las iba a matar, lo que me faltaba era que se rompieran allí un brazo o una pierna.

Entraron con Scott que les estaba riñendo y las castigó en el sofá, yo no me metí, ya estaban recibiendo una buena regañina y yo no las iba a terminar de hundir, además, él sabía cómo tratarlas, cosa que me gustaba.

A la hora de la comida, las niñas ya estaban más nerviosas aun, porque se acercaba la hora de vestirse de princesas.

—Me quiero pintar los labios de rojo —dijo Chloe, mientras comía.

—Yo me los pintaré de rosa —respondió mi hija.

—Yo de azul —soltó Scott, provocando la risa de todas.

—Yo me iré a la otra cabaña a dormir —bromeé y todos se me tiraron encima diciendo que, eso, ni de broma.

La tarde fue divertida, las niñas nerviosas, viendo la tele y nosotros preparando la cena de lo más acaramelados. De vez en cuando, nos dábamos un beso furtivo, no queríamos que nos vieran las niñas, pues empezaban con sus películas y no nos dejaban en paz.

Las horas pasaron y por fin llegó el momento...

Les puse los vestidos, las maquillé y se sentaron en el sofá emocionadas a esperar que pusiéramos la mesa.

Se miraban riendo y nosotros le tirábamos fotos, ellas hacían poses, se sentían unas auténticas princesas y nosotros las tratábamos de usted y todo. Si había que actuar, se actuaba.

—Princesa Chloe, estás muy elegante —dijo Nicole, metiéndose en el papel, mientras nosotros preparábamos la mesa.

—Princesa Nicole, tú igual —dijo produciendo una sonrisa en ambas.

Ellas se lo guisaban y ellas se lo comían, se sentían princesas de verdad y se lo estaban pasando en grande.

—Sirvienta Evelin, aquí el sirviente Scott —dijo bromeando y haciéndonos reír a todos. Acto seguido hizo una reverencia ante ellas dos, que aplaudían emocionadas.

Yo hice lo mismo, así que estaban las dos de lo más felices, sintiéndose totalmente en palacio.

Pusimos una cena de lo más variada y bonita, con velas sobre la mesa, nosotros tomando vino y con miradas cómplices y las niñas de lo más emocionadas con sus atuendos.

Todo fue divertido y espectacular, tuvimos que ingeniárnosla para tomar las uvas, pues a la hora española, ellas no llegaban así que la adelantamos un par de horas y dio comienzo ese momento tan esperando donde Scott, iba marcando los tiempos, por supuesto, lentamente para que nadie se atragantara.

Después las niñas se pusieron el pijama y se acostaron a dormir, ya tenían decidido que, al día siguiente, se lo pondrían todo el día. Como estaríamos en la cabaña, relajados, ese primer día del año, lo podrían pasar genial.

Scott y yo recogimos el salón y luego nos pusimos una copa de ron con Coca Cola, de una botella que habíamos comprado para la ocasión.

Nos sentamos en el sofá de manera cómoda, yo con los pies cruzados mirando hacia él, que acariciaba mi rodilla y con la otra mano aguantaba la copa.

—No me quiero imaginar pasado mañana cuando nos tengamos que despedir —dijo cogiendo mi mano y apretándola.

—Calla, no quiero pensarlo... —dije con tristeza.

—Esto no se puede quedar aquí —sonreía.

—Eso espero y deseo —dije soltando un suspiro.

Por nada del mundo se podía quedar ahí, demasiada conexión para luego obviarlo a la vuelta. Sería difícilísimo hacerlo, además de doloroso.

Tomamos la copa y nos fuimos a la cama, me desnudó y me dijo que me acomodara boca abajo, yo le hacía caso en todo, confiaba plenamente en él, así que puse mi cara sobre mis manos y me relajé.

Abrió mis piernas, noté como se ponía crema en las manos y comenzó a masajear mi espalda, mis nalgas, mi entrepierna, tenía unas manos que hacían que me sintiera sobrevolando la tierra, me elevaba por encima de todo.

Iba lento, haciéndome roces con sus dedos en mis partes, por mi zona sensible, metiendo sus dedos en mi cueva con total tranquilidad y llegando hasta el fondo.

Yo estaba super relajada, ni me movía, me estaba poniendo excitada a tope, pero me encantaba la sensación que producían sus manos en mi cuerpo.

Estaba quedándome casi dormida con ese placer, increíble, pero cierto, abría mis piernas bien para que estuviera cómodo.

Note sus dedos deslizarse hasta mi orificio trasero, contuve la respiración esperando que, por favor, ni lo intentara. Era algo que me causaba un poco de retracción, pero no le dije nada, confiaba que sabía lo que hacía y yo quería disfrutar de todo aquello que él me aportaba.

Solo estuvo por fuera jugando con sus dedos impregnados en esa crema, me daba mucho placer eso, más de lo que imaginaba, gemía al igual que cuando me acariciaba por delante, eso me hacía sentir, seguía confiando en su buen tacto y no me defraudaba.

—¿Bien? —preguntó acercándose a mi odio, mientras metía sus dedos por delante y los ahuecaba al fondo.

—Mejor que bien, genial —dije gimiendo en placer.

—Date la vuelta —me dio dos toques en la nalga y le hice caso, pero me puse la almohada en la cara, no quería que me escucharan las niñas.

Me hizo el masaje por delante y luego comenzó a acariciar mi clítoris, chillé de placer bajo la almohada y él, apretaba con una de sus manos mis pezones con fuerza, pensaba que me los arrancaba, pero me gustaba sentir ese placer mezclado con el dolor que me hacía sentir aquellas manos.

Cuando me corrí me penetró y lo hicimos de manera intensa, con buenos golpes en la penetración, él estaba que se subía por las paredes y en ese momento, estaba soltando su todo.

Se corrió y nos quedamos abrazados un buen rato, luego fue a lavarse y nos dormimos abrazados, aquello era demasiado para nosotros, demasiado perfecto...

Capítulo 7



Nuestro último día allí, el primer día del año.

Se nos notaba en nuestra cara, en el fondo sabía que a los dos nos costaría separarnos al día siguiente, pero no quedaba otra.

Nos abrazamos antes de levantarnos, ya escuchábamos a las niñas revolotear por el salón.

Nos abrazaron al vernos y nos exigieron rápidamente el desayuno, ya tenían los vestidos puestos otra vez.

Nos miramos sonriendo, ese día había de nuevo chocolate con churros, así que se pusieron de lo más contentas, les encantaba, al igual que a nosotros.

Era para verlas, el pijama, encima el vestido y ahora, después del desayuno, también los chaquetones. Se fueron a hacer otro muñeco de nieve.

—No quiero que estés triste —dijo acercándose.

—Tranquilo —lo abracé.

—¿Confías en mí?

—Claro...

—Pues no estés triste —me besó, dejándome con aquella duda.

Ante todo, pensaba que no podía acabar la cosa ahí, era demasiado bonito para tirarlo todo por la borda. Aunque allí nos separaran muchos kilómetros, algo debía de haber para seguir continuando así.

Esa mañana estaba que no me aguantaba ni a mí misma, solo quería llorar. Veía a las niñas jugar fuera y solo suspiraba, pero de pena.

—No quiero verte así —volvió a abrazarme por detrás.

—Tranquilo, de verdad, es la pena de que algo tan bonito que estamos viviendo aquí...

—No tiene por qué acabarse, esto solo fue el escenario para conocernos, pero no tiene por qué acabar —me abrazaba con mucha fuerza y besaba mi cuello.

—Ojalá —dije en un arranque de sinceridad.

—Solo te pido que confíes en mí, déjame pensar y organizar las cosas —aquello sonó a seriedad y me sacó una sonrisa.

Rompí a llorar, no podía más y me abracé a él, como una niña chica.

—Eh, preciosa, no, no te quiero ver llorar, por favor —me daba besos y limpiaba mis lágrimas—. Quiero decirte algo —cogió mi cara con sus manos para que lo mirase—. Solo he amado a dos mujeres en mi vida, a una me la arrebataron sin piedad y a ti no voy a permitir que nada te aparte de mi lado, dos veces no me puede pasar.

—Joder, ahora sí que lloro —y a lágrima tendida, esas palabras me habían matado de amor, de

rabia por la distancia en la que vivíamos, pero creía en él, no era como los demás y lo había vivido en mis propias carnes, esos días.

—Ven —me apartó la copa de vino y me abrazó bien fuerte—. Apriétame con ganas —reía.

—No tengo fuerzas —sonreí, mientras lloraba.

—Aprieta —exigió de forma cariñosa.

—Me quiero meter dentro de ti —dije con tristeza.

—Creo que va a ser más fácil, que me meta yo en ti —soltó en un intento de relajarme y hacerme reír.

—Eso también, quiero todo —reí, pero con dolor, no podía soportar separarnos al día siguiente.

—Mira yo te diría una cosa, pero va a salir más caro el collar que el perro, pero yo no trabajo hasta después de Reyes.

—Ni yo —dije, encogiéndome de hombros.

—Ampliar esto sale una pasta que ya no merece la pena soltar, pero te propongo una cosa, seguir las vacaciones hasta el día después de Reyes, en tu casa o en la mía —soltó y casi me da un infarto—, además, las niñas disfrutarán mucho ese día —carraspeó.

—Acepto, te juro que acepto —reí aplaudiendo, mientras seguía lagrimeando.

—Imagino que ya le tienes los Reyes comprados, al igual que yo, así que propongo que, de Madrid vayamos para tu casa o la mía a recoger los regalos, estemos hasta el día cuatro y luego nos vamos a la otra casa y pasamos los Reyes.

—Sí, a todo ¡Sí! —grité emocionada y las niñas entraron corriendo a ver qué pasaba.

Se lo contamos y se abrazaron ilusionadas, les daba mucha alegría seguir juntas y pasar ese día tan especial, como eran los Reyes.

Y así fue como pasé el día más feliz de mi vida, en cierto modo, se ampliaba todo a su lado, al de su hija también, para mí era tan importante como el padre, la adoraba infinito.

Esa noche nos acostamos temprano, al igual que nos levantamos, ya que salíamos muy pronto.

Desayunamos y un trineo nos recogió para llevarnos a nosotros y las maletas a recepción, allí nos esperaba un coche que nos trasladó al aeropuerto, la vuelta la teníamos en el mismo avión, ¡gracias a Dios!

El otro vuelo a Santander no lo cogí, nos subimos en su coche que estaba en Barajas y nos fuimos todos para Badajoz.

Cuando llamé a mis padres y les conté el cambio de planes, no podían creerlo, pero lo entendieron, les conté por encima y no hizo falta nada más, confiaban plenamente en mí.

A las dos horas hicimos una parada para comer y tomar algo, las niñas ya estaban las pobres hartas de avión y ahora el coche, así que las dejamos que corretearan un rato.

Más tarde nos montamos en el coche, hicimos las otras dos horas y ya estábamos en su casa, una preciosa y nueva unifamiliar de dos plantas con un patio delantero.

Chloe nos hizo una visita guiada por toda la casa, su habitación era preciosa, Nicole se sentó rápidamente en una de las dos camas.

Se quedaron arriba en la habitación y yo con Scott en la cocina, nos preparamos un café, mientras nos dábamos un tierno abrazo.

—¿Estás más contenta?

—Sí —sonreí y lo besé.

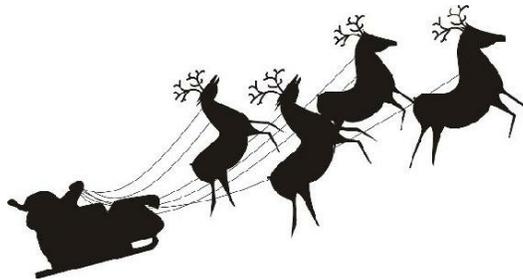
—Te dije que confiaras en mí y te digo que sigas confiando, hoy, mañana y siempre ¿vale? —Puso mi pelo detrás de la oreja.

—Vale —puse mi cabeza en su pecho.

Con él, era todo perfecto, me daba lo que yo necesitaba, ese extra de felicidad que me merecía después de tanto tiempo sin acordarme de mí, algo que solo él, podía aportarme...

Los dos días en su casa fueron geniales, comimos en la calle, cenábamos también, paseamos y nos enseñó su ciudad, al igual que sus parques, cualquiera dejaba a las niñas sin él.

Capítulo 8



La llegada a Santander fue de noche, las niñas iban durmiendo en el coche, las subimos directas para la cama.

Metimos nuestras cosas y nos pusimos a colocarlo todo, no teníamos sueño, nos quedamos un rato en el salón y luego nos fuimos a dormir, a repetir ese acto de amor y deseo, que tanto nos gustaba.

—No sabes lo feliz que me haces —dijo apoyándome en su pecho.

—El que no lo sabes, eres tú —besé su torso.

—Lo sé, aunque no lo creas, tus ojos me lo dicen todo —besó mi cabeza.

—Otra vez veo la cuenta atrás encima —dije con tristeza—, pero confío en ti —recalqué.

—La cuenta atrás para despedirnos y la cuenta atrás para volvernos a ver —carraspeó.

—Sí, por favor —lo abracé fuerte.

—No te voy a perder en la vida, os voy a cuidar y luchar por ustedes como lo hice por mi hija.

—¡Joder!, ya me has hecho llorar de nuevo —dije riendo.

—Te voy a llamar, La Macarena —cogió mi cara y besó mis labios.

—Llámame como quieras, pero llámame —solté con doble sentido.

—No dejaría jamás de hacerlo...

Eso era lo que me gustaba de él, que podía consolar mis penas, esas que eran por él, pues ya lo amaba. Fue un flechazo a primera vista y ahora no podía vivir sin él.

Por la mañana despertamos y las niñas estaban en la cocina comiendo galletas, nos reímos al verlas desesperadas por su leche con cacao.

Preparamos el desayuno para todos y nos fuimos a pasear, a comer por ahí, a vivir aquella tarde mágica, donde la Cabalgata de Reyes tenía de los nervios a todos los niños.

La cabalgata fue de lo más divertida, cogimos caramelos a bolsas, las niñas parecían dos locas, arrasando con todo lo que caía al suelo. Aquello era desbordante, pero se las veía muy felices.

De allí fuimos a cenar y luego para casa, estaban super nerviosas y había que acostarlas para preparar todos los regalos, además en Badajoz, le compramos muchas cosas iguales. Yo aproveche una escapada para comprarle un reloj y un jersey a Scott.

Esa noche lo preparamos todo en el salón de una forma preciosa y bonita, estábamos tan emocionados como los niños, quedó todo muy hermoso y luego nos fuimos a dormir.

Los chillidos por la mañana eran tremendos, eran los nervios de las niñas para que nos despertásemos y salir a ver si habían llegado los Reyes Magos.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Scott, bromista.

—Hay que ir al salón a ver si fuimos buenas o no, hay que descubrirlo —dijo Chloe, sofocada.

—Pues vamos ahora mismo —cogí a las dos de la mano.

—¡Eh, esperadme! —gritó Scott, haciéndose el gracioso.

—Para ti no hay nada, por malo —grité bromeando, mientras las niñas reían.

—Pero si soy un amor de hombre —decía, como el que intentaba cogernos.

Las caras de las niñas al abrir la puerta del salón y ver los dos sofás llenos de cosas, uno para cada una, era un poema.

Cuando terminaron de verlo todo, mientras tomaban su desayuno y estaban alucinando, salte yo...

—Bueno, bueno —abrí el cajón del aparador del salón—, parece que los Reyes, también se acordaron de ti —dije dándole la bolsa de la joyería y la de la tienda de firma.

—No debiste...

—Calla —reí emocionada.

Abrió la caja del reloj y me miró negando sonriente, luego se lo puso y abrió el regalo, cuando vio el jersey suspiró.

—No debiste gastar tanto dinero —dijo emocionado, era conocedor de esas marcas, pero yo quería lo mejor para él, me había regalado unas preciosas Navidades.

Vino y me besó, delante de las niñas que reían y aplaudían emocionadas.

—Te mereces lo mejor...

—¿Y tú?

—Yo soy feliz con veros felices a mi lado —dije emocionada.

—Te mereces más que eso —carraspeo.

—Créeme que no...

Se fue a su mochila que estaba en una silla y sacó una caja ante la atenta mirada de las niñas.

La caja era pequeña, era...

—Quiero que sepas y entiendas que el amor no puede ser algo que tenga fecha de caducidad —decía sosteniéndola y las niñas se pusieron las manos en la boca—. A mí no me hace falta más tiempo para saber lo que quiero, sé que eres todo aquello que pensé que jamás encontraría...

—Yo me muero —me puse la mano en la boca.

—No, eso sí que no, dos veces no lo soportaría —carraspeó.

—Perdón... —Me di cuenta que aquello, no había estado acertado.

—Nada, sé en qué contexto lo has dicho —sonrió, me agarró la mano y se puso en el suelo apoyado con una rodilla. Yo, me iba a desmayar.

—Cásate conmigo —dijo abriendo la caja y dejando ver una preciosa sortija de oro blanco llena de piedras, una maravilla tan grande como la que me había dicho.

—No me lo puedo creer... —Me eché sobre él, llorando y las niñas comenzaron a aplaudir emocionadas y a abrazarse.

—No me has respondido —dijo abrazándome.

—Claro que quiero casarme contigo —respondí emocionada.

Me levantó y nos dimos un beso de película, sin importarnos esas mironas que tenían las manos en la boca, sorprendidas y emocionadas como nosotros.

Me puso el anillo, me quedaba perfecto, había averiguado mi talla con otro anillo que me quitó, se guardó bromeando y tardó horas en dármelo en Badajoz.

—Bueno, tengo otra cosa para ti —carraspeó y volvió a su mochila.

—Vida, ya es suficiente.

—Nada es suficiente y que conste que este regalo, es de los tres —las niñas estaban emocionadas.

Abrí el regalo y era una pulsera de oro con cuatro colgantes de las iniciales de cada uno, además de la silueta de una pareja y dos niñas.

Me senté en el sofá a llorar con aquella pulsera en la mano, era preciosa, pero el mensaje más, como ese día, los tres se tiraron encima de mí a abrazarme.

—Entonces Chloe, será mi hermana —dijo Nicole, aplaudiendo.

—Claro, si ellos van a ser novios y maridos —dijo Chloe, toda graciosa.

Mis padres venían a comer con nosotros, yo los había puesto al tanto al ir a Badajoz, de lo bueno que había sido Scott con nosotras en vacaciones y mi madre se olía algo.

Llegaron y cuál fue mi sorpresa que, lo mismo que traían para mi niña (aunque ya le habían dado los Reyes antes, e iban en el sofá), les regaló además a cada una, un carrito de paseo de bebé con un muñeco dentro, los dos idénticos. Las caras de las niñas lo decían todo, pero la de Scott, era emoción en estado puro, porque hicieran eso con su hija.

Ahí no quedó la cosa, también hubo un regalo para Scott, un perfume y una cartera de piel, de una marca conocida.

Las niñas no tardaron en soltar la bomba de la boda y mis padres se emocionaron y abrazaron a Scott, dándole la bienvenida a la familia.

No preguntaron nada, no les hacía falta, sabía que nos apoyaban de corazón.

A mí me habían regalado una pulsera rígida labrada de oro y unos pendientes preciosos, como no, un sobre como todos los años, con dinero para las rebajas.

Comimos con ellos y luego por la tarde después del café se fueron, ya les había dicho Scott que volvería pronto, en dos fines de semana, mis padres le exigieron que esa vez, había que comer en su casa.

—Tienes unos padres que valen millones —dijo abrazándome cuando se fueron.

—La verdad es que sí, no sé qué habría sido de mí sin ellos.

—Los padres son el motor de nuestras vidas —me abrazó muy cariñoso.

—Y tú, también eres el motor de la mía —dije besándolo emocionada, por el paso que había decidido dar conmigo.

Esa noche las niñas se durmieron pronto, habían pasado tantos nervios la noche anterior, se habían levantado tan temprano y habían jugado tanto, que cayeron rendidas sobre la mesa de la cocina, mientras cenaban.

Las subimos en brazos a la habitación y nosotros nos fuimos al dormitorio, esa noche había que hacerlo por todo lo alto y lo hicimos...

Si la felicidad tuviera un nombre, sería Evelin, pues me sentía la mujer más afortunada del mundo con ese hombre.

A la mañana siguiente nos levantamos y desayunamos, todos estábamos de capa caída, pues ellos, se iban cuando desayunaran. Sabíamos que iban a pasar diez días hasta volvernos a ver, pero, al menos, ahora comenzaba la cuenta atrás, pero diferente...

Epílogo



Siete meses después...

Estaba de lo más nerviosa, era el día de mi boda...

—Hija, estás preciosa, relájate —dijo mi padre, agarrando mi brazo.

—Papá, me voy a desmayar —sonreía nerviosa.

—No hija, a mí no me hagas esto —dijo en tono preocupado.

—¿Y mis niñas? —pregunté por Chloe y Nicole, que iban a ir delante de mí, llevando los anillos.

—Están en el coche, esperándonos.

—Pues vamos ya —solté el aire y comenzamos a caminar ante la cara de emoción de mi madre, que no dejaba de llorar.

Llegamos al coche, mi madre se fue en otro, mi padre que iba de copiloto en el mío y yo con las dos niñas detrás.

—¡Wuaauu! —Mamá, Scott se va a desmayar cuando te vea. Estás, estás... ¡Eres la novia más guapa del mundo! —dijo Nicole.

—Sí, sí, Estoy segura de que mi padre debe estar “hecho un flan”, pero cuando vea esto, lo que va a parecer es un helado, porque se va a derretir, mamá—dijo Chloe.

Todos reímos a placer con el “golpe” que había tenido. Lo de “mamá”, venía porque ya hacía tiempo que mi niña Chloe, me llamaba así y eso hacía mis delicias.

En ese momento hice un recorrido por todo lo vivido...

Cuando conocí a Scott en Laponia, cuando llegamos y me pidió matrimonio, estos meses donde un fin de semana íbamos Nicole y yo a Badajoz, otro venía él con Chloe y además, preparábamos todo para la boda.

Esa pregunta insistente de las niñas que parecían un disco rayado de, “¿cuándo vamos a vivir juntas?” “¿Cuándo vamos a vivir juntas?”

Se instalarían aquí, en mi casa ya que él, trabajaba por Internet y yo tenía mi puesto fijo en el ayuntamiento.

Hasta en eso había habido consenso, desde luego, yo no sabía que el bueno de Cupido resistiera tan bien el frío, porque en Laponia, estuvo lanzándonos flechas desde el minuto uno...

Le dejamos la matrícula preparada a Chloe, para el colegio de Nicole, entrarían juntas en el mismo curso y estaban muy emocionadas.

Nicole no paraba de decirle a Chloe, que así no tendría que hacer nuevos amigos, que compartiría los de ella, ¡cualquiera le decía que no!

En cuanto a Scott, jamás tuvo una mala cara, ni un mal gesto. Ese hombre con todos los valores

que cualquier persona debería de poseer para hacer a las personas más felices y tener una paz mental como él tenía.

Una especie de maravilloso regalo de Navidad en forma de pareja que Papá Noel, me tenía reservado en el escenario más bonito del mundo, en la mágica Laponia.

La boda era en Santander, sus padres se habían instalado aquí en un hotel, aunque mis padres, los había invitado a la casa, ellos decidieron quedarse ahí. Eran muy buenas personas, nos ayudaron en todo, me trataron como una hija y a mi hija, como a una nieta más, tal como habían hecho mis padres con ellos ¿Podíamos ser más felices?

Y ahora él, se quedaba aquí para siempre, nada de despedidas, de fines de semanas con sabor a poco, ahora estaríamos los cuatro juntos como una familia.

Era justo lo que habíamos deseado desde el principio y, por fin, lo teníamos al alcance de la mano...

Llegamos a la puerta de la iglesia, entré de lo más nerviosa con las niñas por delante, sonriente y feliz, todos nos miraban desde las banquetas de la iglesia, emocionados, tanto como yo y Scott que, al verme, rompió a llorar.

Parecían dos muñequitas. Durante todo este tiempo siempre le decía que nosotros sabíamos “hacer” unas niñas preciosas y él se partía de risa...

Avancé hasta el lugar en el que estaba con su madre, yo del brazo de mi padre. Scott me tomó de las manos cuando estuve a su altura y quería decirme que estaba guapa, pero rompía a llorar, yo también lloraba emocionada, era un momento de lo más emotivo.

Lo abracé y todos comenzaron a aplaudir.

La ceremonia fue una pasada, el cura era muy simpático y la hizo muy amena.

—Scott, te digo lo que al resto de los novios. Siempre dejamos la puerta abierta durante la ceremonia por si quieres salir corriendo... Si te quedas, ya sabes, es para ti y para siempre—dijo, guiñando un ojo.

—Me quedo, me quedo—respondió él, de lo más sonriente.

—Mira que te cuento: te quedas a la una, te quedas a las dos, te quedas a las tres... Tú lo has querido...

—Asumo, asumo las consecuencias—dijo él, provocando las risas de nuestros familiares y amigos.

La entrega del anillo fue preciosa, las niñas emocionadas encima de nosotros mirando como nos lo poníamos, mis niñas, mis amores, lo tenía todo en ese momento.

A Scott le temblaban tanto las manos, que no atinaba a colocármelo. Me miraba, yo me reía y más le temblaban. La emoción crecía por momentos...

—Cariño, como no te tranquilices, nos van a dar aquí las uvas del año que viene—dije riendo.

—Jaja, ¡vaya bochorno! —decía él, mientras las niñas lo animaban. La escena era ideal....

—Vamos papá, ¡que tú puedes! —decían a coro nuestras pequeñas.

Salimos de allí y nos tiraron arroz y pétalos de rosas, nos fuimos en un coche antiguo hasta el restaurante rural donde se celebraba la boda, una finca de lo más bonita y romántica.

La entrada al evento fue preciosa, volaron cientos de globos blancos y las niñas saltaban feliz, estaban plétóricas, parecían que deseaban este momento más que nosotros.

—¡Esto es mejor que la boda de un futbolista! —decían las dos, que “no cabían en el pellejo” Nunca las habíamos visto tan exultantes.

Nos dieron unas copas de Champán y brindamos, bebimos y la tiramos hacia atrás, como mandaba la tradición, reímos y nos besamos, no dejábamos de reír desde que nos conocimos, era

impresionante esa energía de alegría que provocaba en mí.

En ese momento comenzó a sonar la canción de Pablo Alborán, “Solamente tú” y volvieron a caer las lágrimas en los dos, mientras caminábamos a donde estaban todos tomando una copa y los entrantes, antes de pasar a las mesas.

—Es que son dos sentimentales—iban diciendo las niñas a todos los presentes, como si de verdad tuvieran que dar explicaciones por nuestro comportamiento. Más nos reíamos...

Todos aplaudían, era tan bonito ese momento también que, entre la música y todo, venga a llorar. Al final tenía razón con que era una Magdalena.

Chloe y Nicole, empezaron a cantar. Scott y yo, las seguimos e invitamos a todos, de modo que allí cantó “hasta el apuntador...”

Cuando terminó la canción las niñas se aproximaron al escenario pequeño que había, para luego un grupo amenizar la fiesta.

—No me lo puedo creer... —dije poniéndome las manos en la cara para llorar más.

Las niñas en el escenario, micro en mano.

—Queremos decir una cosa —dijo Nicole y todos rieron —Queríamos decir que estamos muy felices porque por fin nuestros padres se casaron y ya somos hermanas —todos volvieron a reír emocionados.

—Y ellos son marido y mujer, nuestro padre y nuestra madre —dijo Chloe, produciendo otra risa.

—Eso no íbamos a decir —intervino Nicole—. Hay que decir lo de que queremos otro hermano y que sea niño.

Scott y yo nos miramos riendo y sabiendo que la iban a liar y bien.

—Bueno pues lo decimos ahora —dijo Chloe —Papá y mamá, queremos un bebecito —se bajaron riendo y corriendo del escenario y la gente reía, yo quería que la tierra me tragara, vaya par.

Desde luego eran únicas y sabíamos que no sería la única vez en el día que la liarían “parda”. Aquellas pequeñas prendas, no podían haber hecho mejores migas. Eran amigas, cómplices y ahora, también hermanas.

—Son como Zipi y Zape—dije.

El almuerzo fue una auténtica pasada. Nos habían dado muy buenas referencias de aquel sitio, pero finalmente, superó todas nuestras expectativas.

—No he visto en mi vida una novia con más apetito—reía Scott.

—¿Pero tú has visto la pinta que tiene todo? Lo tengo que probar todo así reviente—decía.

—Desde luego que ha sido un acierto el sitio. Si es que cuando uno tiene la suerte de su lado... Y eso es lo que tengo yo desde el día que te conocí, bonita. Bendito el momento en el que decidí ir con Chloe a Laponia.

—Y yo con Nicole...

—¿Crees que fue el destino?

—Sí, estoy segura. El destino quería concertarnos una cita y lo hizo en el mejor lugar y momento del mundo.

—¡Y en el más frío! —rio él.

La apertura del baile fue también un momento muy emocionante. Scott quiso que lo hiciéramos con el típico vals del “Danubio Azul”. Fue un momento mágico.

—Cariño, es impresionante —me dijo— más que bailar parece que estuviéramos...

—Flotando, más que bailar estamos flotando. Y es que así es como me siento yo desde el día

que te conocí, mi amor, flotando en una nube.

Los invitados rompían en aplausos y yo juraría que podía escuchar nuestros latidos acompañados por encima de la música.

—Si esto no es lo más bonito que pueden vivir juntos dos personas que se aman, ¡que baje Dios y lo vea! —dijo él.

—No, que tenemos los cubiertos contados ¡y ya está el lío! —dije, sacando su bonita sonrisa.

Concluido el vals, los invitados se unieron al baile y todos empezaron a moverse, como si no hubiera un mañana.

Las niñas iban a partir los zapatos de los saltos y brincos que estaban dando. Nunca las habíamos visto más contentas.

El almuerzo fue tan copioso que, a petición de todos, dejamos el corte de la tarta nupcial para media tarde, porque todos coincidían en que “no les entraba nada más.”

La tarta era realmente espectacular. Nos la habían preparado a nuestro gusto en una de las mejores pastelerías de Santander y era una obra maestra.

—¿No os da pena cortarla? —decían las niñas por detrás.

—No, hijas —dijo Scott—. No nos da pena porque las mejores cosas de la vida, no están solo para observarlas, sino para disfrutarlas.

—Yo no podría haberlo dicho mejor, marido.

—A ver, a ver repítelo...

—Que yo no podría haberlo...

—No esa parte no, la otra, la de “marido”, que ha sonado como música para mis oídos.

—Pues eso, flamante y recién estrenado marido.

Si dicen que la cara es el reflejo del alma, la de Scott, no podría ser más bonita porque su rostro denotaba algo precioso. Me quedé embobada mirándolo, mientras todos los nuestros tenían la vista puesta en la escena.

¿Cómo era posible que una sola persona englobara todo aquello que llevaba la vida entera ansiando? Cuando comenzamos a cortarla, mis manos apretaban fuerte las suyas. Sin duda, eran las manos que tanto busqué y que, en Laponia, encontré...